CARTAS DEL YAGE

WILLIAM BURROUGHS
Y ALLEN GINSBERG



Lectulandia

Cartas del yagé, libro publicado originalmente en 1963, es un volumen de correspondencia y otros escritos de William Burroughs y Allen Ginsberg. La mayor parte de estos textos datan de 1953, y son la crónica del viaje que hizo Burroughs a la selva amazónica en busca del yagué o la ayahuasca, una planta de míticas propiedades alucinógenas y telepáticas. Burroughs comparte con Ginsberg anécdotas, historias y ciertos conceptos que más tarde utilizaría en novelas como *El almuerzo desnudo*. El volumen termina con una larga carta de Ginsberg, escrita en 1960, en la que le relata a Burroughs los experimentos que él mismo realizó también con la ayahuasca. Al final del libro se incluyen dos epílogos: una breve nota de Ginsberg, escrita tres años después de los hechos narrados, en la que proclama su mística permanencia entre los vivos, y un hiperlisérgico y apoteósico de Burroughs titulado «¿Me estoy muriendo, Míster?».

Lectulandia

Williams Burroughs, Allen Ginsberg

Cartas del yagé

ePUB v1.0
Trips123 03.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The yage letters*
Williams Burroughs, Allen Ginsberg, 1963.
Traducción: M. Lasserre
Diseño/retoque portada: GONZALEZ

Editor original: Trips123 (v1.0 a v1.x)
Corrección de erratas: Trips123
ePub base v2.0

Cartas del yagé[1]

Los autores expresan su agradecimiento a Aileen Lee y a Alan Ansen quienes, en 1953, ayudaron a escribir a máquina y a conservar las cartas de Burroughs, y a Melville Hardiment que más tarde conservó las de Ginsberg. Las cartas de 1953 fueron publicadas posteriormente en *Big Table* y en *Kulchur*. La carta de Burroughs de 1960 apareció en *Floating Bear #5*. «¿Me estoy muriendo, Míster?» fue publicada en *City Lights Journal #1*. La carta de Ginsberg de 1960 y su nota «A quien pueda interesar» no han sido publicadas con anterioridad. Los dibujos de Ginsberg estaban incluidos en su carta desde Pucallpa.

En busca del yagé (1953)

Hotel Colón, Panamá, 15 de enero de 1953

Querido Allen:

Me quedé aquí para hacerme sacar las almorranas. Calculé que no convenía ir a meterse entre los indios con almorranas.

Bill Gains estuvo aquí y ha agotado la tintura paregórica en toda la República de Panamá, desde Las Palmas hasta David. Antes de Gains, Panamá era una ciudad paregórica. En cualquier farmacia se podían comprar cuatro onzas. Ahora los boticarios no quieren saber nada y la Cámara de Diputados estuvo a punto de dictar una Ley Gains especial, pero él tiró la esponja y regresó a México. Yo estaba dejando el opio y Gains no hacía sino fastidiar con aquello de para qué engañarme, opiómano una vez, opiómano siempre. Que si dejaba el opio me convertiría en un borracho miserable o me volvería loco tomando cocaína.

Una noche me emborraché y compré paregórico y él no hacía sino repetir y repetir: «Yo *sabía* que volverías al paregórico. Lo *sabía*. Serás un opiómano toda la vida» y me miraba con una sonrisita de gato. Para él, el opio es una causa.

Fui al hospital enfermo por el opio y pasé cuatro días allí. No me daban sino tres inyecciones de morfina y no podía dormir a causa del dolor, el calor y la falta de opio, y además de eso en el mismo cuarto estaba conmigo un caso de hernia, un panameño, y los amigos venían y se quedaban todo el día y la mitad de la noche — uno de ellos se quedó realmente hasta medianoche.

Recuerdo haber pasado en el corredor al lado de unas norteamericanas con aire de esposas de oficiales. Una decía: «No sé por qué, pero me es imposible comer cosas dulces». «Tiene diabetes, señora», dije. Se volvieron rápidamente y me miraron indignadas.

Después que me dieron de alta en el hospital, pasé por la Embajada. Frente a ella hay un terreno baldío con árboles y maleza donde los muchachos se desvisten para nadar en las aguas sucias de la residencia acuática de una pequeña y venenosa serpiente marina. Olor a excrementos, agua de mar y lujuria de jóvenes machos. No había carta alguna. Hice otro alto en el camino para comprar dos onzas de paregórico. El mismo Panamá de siempre. Putas, putos y rufianes.

«¿Quiere linda chica?»

«¿Baile de señora desnuda?»

«¿Quiere ver como monto a mi hermana?»

No es de extrañar que los alimentos sean tan caros. Nadie quiere quedarse en el campo. Todos quieren venir a la gran ciudad y ser rufianes.

Yo tenía el artículo de una revista que hablaba de una taberna, en las afueras de la ciudad de Panamá, llamada «Blue Goose». «Es éste un local donde todo puede ocurrir. Los vendedores de drogas están al acecho en el baño de hombres con una hipodérmica cargada y lista para clavarla. Hay veces que surgen de alguno de los retretes y se la clavan a uno en el brazo sin esperar a que diga algo. Los homosexuales están en su gloria.»

El «Blue Goose» tiene el aspecto de una de esas tabernas de los caminos en la época de la prohibición. Un edificio bajo y largo, venido a menos y cubierto de enredaderas. Se oía croar las ranas en el bosque y en los pantanos que lo rodeaban. Afuera había unos pocos coches y adentro una débil luz azulada. Me acordé de una taberna en las afueras, durante la época de la prohibición, en mi adolescencia, y del sabor del gin en un verano del Medio Oriente. (¡Oh, Dios mío! Y la luna de agosto en un cielo violeta y la pija de Billy Bradshinkel. ¿Cómo puede uno ensuciarse tanto?)

Inmediatamente, dos putas viejas se sentaron a mi mesa sin ser invitadas y pidieron bebidas. La vuelta costaba seis dólares con noventa. La única cosa que acechaba en el baño de hombres era el encargado de los lavatorios, insolente y pedigüeño. Debo añadir que en Panamá, lejos de correr la gran juerga, nunca he conseguido un muchacho. Siempre me pregunto cómo será un chico panameño. Probablemente un castrado. Al decir que todo puede ocurrir, se refieren al local y no a los clientes.

Me encontré por casualidad con mi viejo amigo Jones, el chofer de taxi, y le compré un poco de C, que estaba lindamente falsificada. Casi me ahogué tratando de aspirar lo bastante de esa porquería como para levantarme. Eso es Panamá. No me sorprendería nada que adulterasen a las Putas con esponjas de goma.

Los panameños deben ser los individuos más piojosos del hemisferio —aunque tengo entendido que los venezolanos entran en la competencia— y jamás encontré un grupo de ciudadanos que me deprima tanto como el de los empleados públicos de la Zona del Canal. Es imposible entrar en contacto con un funcionario a nivel de la intuición y la comprensión. Simplemente, carecen de aparato receptor y emiten tanto como una batería muerta. Debe de haber ondas cerebrales de una baja frecuencia especial, propias de los empleados gubernamentales.

Los hombres de las fuerzas armadas no parecen jóvenes. No tienen entusiasmo ni conversación.

En realidad rehuyen la compañía de civiles. El único elemento con el cual estoy en contacto en Panamá es el de abajo, y todos son unos vivillos.

Cariños
Bill

P.S. Billy Bradshinkel llegó a fastidiarme tanto que finalmente tuve que matarlo: La primera vez fue en mi Ford A, después del Baile de los Graduados, en primavera. Billy tenía los pantalones bajos, a la altura de los tobillos, y conservaba puesta la camisa del smocking, y todo el asiento del coche estaba lleno de semen. Después me encontró sosteniéndole por el brazo mientras él vomitaba a la luz de los faros del coche, con su aire juvenil y petulante, los rubios cabellos desordenados por el tibio viento de primavera. Luego volvimos al coche, apagamos las luces y yo dije: «Vamos de nuevo».

Y él dijo: «No, no deberíamos».

Y yo dije: «¿Por qué no?», y para ese entonces él estaba ya excitado, de modo que lo hicimos de nuevo, y yo pasé las manos sobre su espalda por debajo de la camisa del smocking y lo apreté contra mí y sentí la larga pelusa de bebé de sus mejillas suaves contra la mía y él se durmió allí y estaba empezando a aclarar cuando volvimos a casa.

Después de ésa, lo hicimos varias veces más en el coche, y una vez que su familia estaba ausente nos quitamos toda la ropa y luego lo estuve mirando dormir como un bebé con la boca entreabierta.

Ese verano Billy tuvo tifoidea y yo iba a verlo todos los días y su madre me servía limonada y una vez su padre me sirvió una botella de cerveza y me convidó con un cigarrillo. Cuando Billy mejoró solíamos ir con el coche al Lago Creve Coeur, alquilábamos un bote y nos íbamos a pescar y nos acostábamos en el fondo del bote, abrazados, sin hacer nada. Un sábado exploramos una vieja cantera y descubrimos una cueva y nos quitamos los pantalones en la mohosa oscuridad.

Recuerdo que la última vez que vi a Billy fue en octubre de ese año. Uno de esos días azules y brillantes que se dan en los Ozarks en otoño. Habíamos salido al campo con el coche para cazar ardillas con mi escopeta del 22, y caminamos por el bosque de otoño sin descubrir nada que cazar y Billy estaba silencioso y hosco; nos sentamos en un tronco y Billy se miraba los zapatos hasta que por fin me dijo que no podría verme de nuevo (observa que te estoy ahorrando las hojas muertas).

«Pero, ¿por qué Billy? ¿Por qué?»

«Si tú no lo sabes yo no puedo explicártelo. Volvamos al coche.»

Hicimos el viaje de regreso en silencio y cuando llegamos a su casa, abrió la portezuela y bajó. Durante un segundo me miró como si fuese a decirme algo, luego se volvió bruscamente y avanzó por el sendero de las lajas hacia la casa. Yo me quedé allí sentado un minuto mirando la puerta cerrada. Después, atontado, me fui a casa.

Una vez que el coche estuvo en el garage apoyé la cabeza en el volante, y lloré restregando la mejilla contra los rayos de acero. Por último mi madre gritó desde la ventana de arriba si pasaba algo y por qué no entraba a la casa. Me sequé las lágrimas

de la cara, entré y dije que me sentía mal y me fui arriba a la cama. Mi madre me llevó un plato de torrijas a la cama pero yo no podía comer y lloré toda la noche.

Después de eso, llamé varias veces por teléfono a Billy pero él siempre colgaba al oír mi voz. Y le escribí una carta larga que nunca me contestó. Tres meses más tarde cuando leí en el diario que había muerto en un accidente de automóvil, mi madre dijo:

«Oh, ése es el hijo de los Bradshinkel. Antes solían ser ustedes muy amigos, ¿verdad?».

Yo respondí: «Sí, madre», sin sentir absolutamente nada. Y me conseguí un barril de whisky falsificado. Otra rutina: Un hombre que fabrica recuerdos a pedido. De la clase que se quiera y con la garantía de que uno creerá que las cosas ocurrieron exactamente así… (A decir verdad, casi acabo de venderme a mí mismo a Billy Bradshinkel). Algunas palabras del Duende del sueño japonés que servirían como moraleja de un cuento:

«Apenas un viejo ropavejero que trueca sueños viejos por nuevos». Pero, ¡qué diablos! Pásaselo a Truman Capote. Otro recuerdo pero legítimo. Todos los domingos a la hora del almuerzo mi abuela desenterraba a su hermano, muerto cincuenta años antes cuando al pasar la escopeta a través de una empalizada se hizo volar los pulmones. «Siempre me acuerdo de mi hermano, tan lindo muchacho. Detesto ver a los muchachos con escopetas.»

De modo que todos los domingos, al almuerzo, ahí estaba el muchacho tirado junto a la empalizada de madera y la sangre sobre la arcilla roja y helada de Georgia, empapando el rastrojo de invierno.

Y la pobre señora Collins que aguardaba que sus cataratas madurasen para que pudieran operarla. ¡Oh Dios! ¡El almuerzo del domingo en Cincinati!

Hotel Mulvo Regís, Bogotá, 25 de enero de 1953

Querido Al:

Bogotá está situada en una planicie alta rodeada de montañas. La hierba de la sábana es de un verde claro, y aquí y allá se levantan sobre la hierba monolitos negros precolombinos. Es una ciudad de aspecto lúgubre y sombrío. El cuarto del hotel es un cubículo sin ventanas (en América del Sur, las ventanas son un lujo), con tabiques de madera prensada, color verde y una cama demasiado chica.

Durante largo rato estuve sentado en la cama paralizado por la depresión. Luego salí al aire frío y enrarecido para tomar algo, dando gracias a Dios por no haber venido a parar a esta ciudad enfermo por el opio. Tomé algunas copas y regresé al hotel donde un camarero feo y maricón me sirvió una comida que no valía gran cosa.

Al día siguiente fui a la Universidad en busca de datos sobre el yagé. Todas las ciencias están amontonadas en El Instituto. Es éste un edificio de ladrillos rojos, corredores polvorientos y oficinas sin nombre, en su mayor parte cerradas. Fui avanzando por sobre cestos, animales embalsamados y muestras botánicas. Estas cosas son continuamente llevadas de un lugar a otro sin ninguna razón aparente. De pronto, alguien sale de un escritorio y reclama algún objeto de esa mescolanza dejada en los pasillos y hace que se lo lleven a su oficina. Los ordenanzas, sentados sobre las cestas, fuman y saludan a todo el mundo dándole el título de «Doctor».

En una habitación grande y llena de polvo, de ejemplares de plantas y de olor a formol, vi a alguien que estaba buscando algo que no lograba encontrar, con un aire de aristocrático fastidio. Nuestras miradas se cruzaron.

«¿Qué habré hecho con mis muestras de cacao? Era una variedad nueva de cacao silvestre. ¿Y qué estará haciendo este cóndor embalsamado aquí en mi mesa?»

El hombre tenía el rostro delgado y fino, llevaba anteojos con montura de acero, una americana de tweed y pantalones de franela oscura. Sin la menor duda. Boston y Harvard. Se presentó como el doctor Schindler. Estaba relacionado con una Comisión de Agricultura de los Estados Unidos.

Le pregunté acerca del yagé. «Sí, dijo, aquí tenemos muestras. Venga y le mostraré», agregó, echando una última mirada en busca de su cacao. Me mostró un ejemplar seco de la planta de yagé, una trepadora de aspecto muy corriente. Sí, lo había tomado. «Conseguí colores, pero no visiones.»

Me indicó con exactitud lo que yo necesitaría para el viaje, dónde debía ir y a quién debía ver. Le pregunté acerca del aspecto telepático. «Eso, claro, es pura imaginación», dijo. Me señaló el Putumayo como la región más fácilmente accesible donde podría encontrar yagé.

Me tomé unos días para reunir el equipo y conseguir el capital. Para una expedición a la selva se requieren medicamentos; el suero antiofídico, la penicilina, el

enterovioformo y el aralén son esenciales. Además una hamaca, una manta y una bolsa de caucho llamada *tula* para llevar las cosas.

Bogotá es alta, fría, y húmeda; es un frío húmedo que se le mete a uno dentro como el frío enfermizo del opio. No hay calefacción en ninguna parte y uno nunca llega a calentarse. Como en ninguna otra ciudad que haya visto en América del Sur, se siente en Bogotá el peso muerto de España, sombrío y opresivo. Todo cuanto es oficial lleva el sello de *Made in Spain*.

Tuyo William

Hotel Niza, Pasto, 30 de enero

Querido Al:

Tomé el ómnibus hasta Cali porque el *auto-ferro* estaba completo durante unos cuantos días. Los policías revisaron el ómnibus varias veces y a todos los que estaban dentro. Yo llevaba un revólver metido bajo los medicamentos, pero en esas paradas sólo me revisaron a mí. Es evidente que quienquiera que llevase armas eludiría esas paradas o pondría las armas donde esos descuidados policías no las buscaran. Todo cuanto consiguen con el sistema actual es molestar a los ciudadanos. No he conocido nunca a nadie en Colombia que hable bien de la Policía Nacional.

La Policía Nacional es la Guardia del Palacio del Partido Conservador (el ejército cuenta con un buen porcentaje de liberales y no merece completa confianza). Querido, la P.N., es el cuerpo de jóvenes más unánimemente horroroso sobre el que jamás haya puesto los ojos. Son algo así como el resultado final de las radiaciones atómicas. En Colombia hay millares de esos extraños y rústicos jóvenes; sólo he visto a uno que pudiera considerarse elegible y ése tenía el aire de sentirse incómodo en su puesto. Si algo bueno puede decirse de los Conservadores no lo he oído. Son una impopular minoría de repelentes soretes.

El camino cruza las montañas y baja luego a la curiosa región intermedia de Tolima, en el límite de la zona de combate. Árboles, llanuras, ríos y más y más Policía Nacional. La población cuenta con algunos de los individuos mejor parecidos y algunos de los más feos que haya visto. La mayoría de ellos parecen no saber nada mejor que hacer que contemplar el ómnibus y a los pasajeros, y en especial al *gringo*. Se me quedaban mirando hasta que por fin yo sonreía o saludaba con la mano, para entonces responder con esa sonrisa desdentada y rapaz que recibe el norteamericano en toda América del Sur.

«Hola, Míster, ¿un cigarrillo?»

En un pueblo caluroso y polvoriento donde nos detuvimos a tomar un café vi a un muchacho de delicados rasgos cobrizos, una boca suave, hermosa, y dientes bien separados, con unas encías rojas y brillantes. Sobre la frente le caían unos hermosos cabellos negros. De toda su persona se desprendía una tierna inocencia masculina.

En uno de los puestos aduaneros me encontré con uno de la Policía Nacional que había peleado en Corea. Abriéndose la camisa, me mostró las cicatrices sobre su poco apetecible cuerpo.

«Me gustan ustedes, muchachos», dijo.

Nunca me siento halagado por esa simpatía promiscua hacia los norteamericanos. Es ofensiva para la dignidad personal, y nada bueno puede esperarse de esos simpatizantes de los Estados Unidos.

Al atardecer compré una botella de coñac y me emborraché con el conductor del

ómnibus. Me quedé en Armenia y al día siguiente seguí para Cali en el *auto-ferro*.

Con una vegetación semitropical de bambúes, bananeros y papayas. Cali es una ciudad relativamente agradable, con un buen clima. Aquí no se siente la tensión. Cali tiene una tasa elevada de crímenes auténticos, no políticos. Hasta violación de cajas de caudales. (En América del Sur son raros los delincuentes en gran escala.)

Estuve con algunos antiguos residentes estadounidenses que me dijeron que el país está a la miseria.

«Odian la sola vista de un extranjero, aquí abajo. ¿Sabe por qué? La culpa de todo la tiene el Punto cuarto y esa tontería de la buena vecindad y de la ayuda financiera. Si se le da algo a esta gente, en seguida piensan ¡aja, es que me necesitan! Y cuánto más se da a esos hijos de puta, peores se ponen.»

He oído este tipo de comentarios de viejos residentes en toda América del Sur. No se les ocurre pensar que algo más fundamental que las actividades del Punto cuarto está en juego. Como los partidarios de Pegler en los Estados Unidos, que dicen: «Lo malo está en los sindicatos». Y lo seguirán diciendo mientras escupan sangre atacados por las radiaciones. O en vías de convertirse en crustáceos.

Sigo camino a Popayán por el *auto-ferro*. Esta es una tranquila ciudad universitaria. Algunos me habían dicho que era un lugar lleno de intelectuales pero yo no he visto ninguno. Una curiosa hostilidad negativista domina en la ciudad. Mientras caminaba por la plaza mayor un hombre me llevó por delante sin pedir disculpa, la cara impávida, catatónico.

Estaba en un bar, tomando un café, cuando un hombre joven con arcaico rostro judeoasirio, se me acercó y me soltó una larga tirada acerca de cuánta era su simpatía por los extranjeros y cuanto sería su placer en invitarme con una copa o por lo menos con un café. Mientras decía todo esto, resultaba evidente que ni le gustaban los extranjeros ni tenía la intención de convidarme con un trago. Pagué mi café y me fui.

En otro café estaban jugando a algo parecido al «bingo». Entró un hombre lanzando unos curiosos ladridos de imbécil hostilidad. Nadie levantó la mirada del juego.

Frente a la oficina de correos había afiches del Partido Conservador. Uno de ellos decía: «Campesinos, el ejército lucha por vuestro bienestar. El crimen degrada al hombre y luego su conciencia le impide vivir. El trabajo lo eleva hacia Dios. Cooperad con la policía y los militares. *Ellos sólo necesitan vuestras informaciones*». (El subrayado es mío.)

Es vuestro deber abandonar la guerrilla, trabajar, saber cuál es vuestro lugar y escuchar al cura. ¡Qué mentiras tan viejas! Como si trataran de vender el Puente de Brooklyn. No son muchos los que caen. La mayoría de los colombianos son liberales.

Los agentes de la Policía Nacional andan con la cabeza baja por los rincones, incómodos y molestos, a la espera de poder disparar contra alguien o hacer cualquier

cosa antes que estarse allí bajo las miradas hostiles. Tienen un gran camión celular gris que da vueltas y vueltas por toda la ciudad, sin nadie adentro.

Salí caminando de la ciudad, por un camino polvoriento. Tierras onduladas de hierba verde, vacas, ovejas y pequeñas granjas. En el camino encontré una vaca terriblemente enferma, cubierta de polvo. Al costado del camino un altar con el frente de vidrio. Los terribles rosados, azules y amarillos del arte religioso.

Vi una película corta sobre un cura de Bogotá que dirige un horno de ladrillos y fabrica casas para los trabajadores. El corto muestra al cura acariciando los ladrillos y dando palmaditas en el hombro a los obreros y en general repitiendo la misma mentirosa representación católica. Un tipo flaco con ojos delirantes de neurótico. Al final pronuncia un discurso cuya moraleja es: Dondequiera que uno encuentra progreso social o buen trabajo o cualquier cosa buena, allí se encontrará a la Iglesia.

Su discurso no tenía nada que ver con lo que realmente estaba diciendo. Era imposible no percibir la hostilidad neurótica de sus ojos, el miedo y el odio a la vida. Allí sentado, con su uniforme negro, se revelaba claramente como el abogado de la muerte. Un hombre de negocios sin la motivación de la codicia, una cancerosa actividad estéril y mortal. Fanatismo sin fuego, o una energía que exuda un mohoso olor a podredumbre espiritual. Parecía enfermo y sucio —aunque supongo que en realidad estaba limpio— con un vago aspecto de dientes amarillos, ropa interior sucia y trastornos hepáticos psicosomáticos. Me pregunto cuál podrá ser su vida sexual.

Otro corto mostraba una reunión del Partido Conservador. Todos parecían congelados, como una costra helada sobre el país. La audiencia guardaba un completo silencio. Ni un solo murmullo de aprobación o de disentimiento. Nada. Propaganda desnuda que moría en un silencio mortal.

Al día siguiente tomé un ómnibus para Pasto. La entrada a esa ciudad fue como un golpe en el estómago, un impacto físico de depresión y horror.

Altas montañas todo alrededor. Aire enrarecido. Los habitantes que espiaban desde chozas techadas con paja, los ojos enrojecidos por el humo. El hotel estaba dirigido por un suizo y era excelente. Anduve caminando por la ciudad. Gente fea de aspecto piojoso. Cuanto más alto llegaba uno, más feos eran los ciudadanos. Esta es una zona de leprosos. (En Colombia, la lepra prevalece en la alta montaña, la tuberculosis en la costa.) Parecía que de cada dos individuos, uno tenía labio leporino, una pierna más corta que la otra o un ojo ciego ulcerado.

Entré en una cantina y tomé aguardiente y puse música de las sierras en la máquina automática. Hay algo arcaico en esa música que resulta extrañamente familiar, muy antiguo y muy triste. Indudablemente no tiene origen español, ni tampoco es oriental. Música de los pastores tocada en un instrumento de bambú parecido a una flauta de Pan, preclásico, etrusco quizá. Una música similar he oído en las montañas de Albania, donde subsisten elementos raciales pre-griegos, ilirios. Esa

música traía una nostalgia filogenética, ¿de la Atlántida?

Detrás del mostrador del bar vi trabajando a alguien que al principio me pareció un muchacho atrayente, de unos catorce años (el lugar estaba medio a oscuras debido a una falla en la electricidad). Cuando me acerqué al mostrador para observarlo de más cerca, vi que la cara era vieja y que el cuerpo estaba hinchado de agua y algo fofo, como un melón podrido.

En la mesa próxima estaba sentado un indio que buscaba algo en sus bolsillos, los dedos adormecidos por el alcohol. Le llevó varios minutos sacar unos billetes arrugados —lo que mi abuela, prohibicionista furiosa, solía llamar «plata sucia»—, nuestras miradas se cruzaron y ensayó una torcida sonrisa. «¿Qué otra cosa puedo hacer?»

En un rincón un indio joven toqueteaba a una puta, una mujer horrible con una cara de maldad bestial y el vestido rosado pálido de la profesión. Por fin la mujer se zafó y salió. El indio la miró alejarse en silencio sin enojarse. Se había marchado y no había nada más que hacer. Se acercó al borracho, lo ayudó a ponerse de píe y juntos se fueron a pasos desiguales con la dulce y triste resignación del indio serrano.

Schindler me había dado una carta de presentación para un alemán que tiene una bodega en Pasto. Lo encontré en un cuarto lleno de libros, con dos estufas eléctricas. La primera calefacción que he visto en Colombia. Tenía la cara delgada y sufrida, la nariz marcada y una boca que se curvaba hacia abajo, una boca de opio. Estaba muy enfermo. El corazón mal, los riñones mal, presión alta.

«Y solía ser un roble», dijo quejosamente. «Lo que tengo que hacer es ir a la Clínica Mayo. Aquí un médico me dio una inyección de yodo que me alteró todo el metabolismo. Si como cualquier cosa con sal los pies se me hinchan así.»

Sí, conocía bien el Putumayo. Le pregunté por el yagé.

«Sí, he enviado muestras a Berlín. Las examinaron y según el informe su efecto es igual al del haschish …hay un insecto en el Putumayo, no recuerdo como lo llaman, como un saltamontes grande, un afrodisíaco poderoso, si se posa sobre uno y no se consigue una mujer en seguida, uno muere. Los he visto correr escapando del contacto con ese bicho… Por algún lado tengo uno en alcohol… no, ahora recuerdo que se perdió cuando me mudé aquí después de la guerra… Otra cosa acerca de la cual estuve tratando de conseguir datos… una enredadera que hace caer todos los dientes si se la mastica.»

«Ideal para gastarles una broma a los amigos», dije.

La criada trajo una bandeja con el té, pumpernickel y manteca dulce.

«Odio este lugar, pero ¿qué puede hacer uno? Tengo negocio aquí. Mi mujer. Estoy clavado.»

Saldré de aquí en los próximos días para Macoa y el Putumayo. No escribiré desde allí porque más allá de Pasto el servicio de correos es muy inseguro, ya que

depende sobre todo de los conductores de ómnibus y de los camioneros. Son más las cartas que se pierden que las que llegan. Esas gentes no tienen idea siquiera de lo que es la responsabilidad.

Tuyo
Willy Lee

Hotel Niza, Pasto, 28 de febrero de 1953

Querido Allen:

Estoy en camino de regreso a Bogotá sin haber logrado nada. He sido estafado por brujos (el más incurable borracho, haragán y mentiroso de la aldea es invariablemente el «médico»), encarcelado, embromado por el vivillo local (yo creía que me estaba conquistando el culo de un ingenuo provincianito, pero el chico se había acostado ya con seis petroleros norteamericanos, un botánico suizo, un etnógrafo holandés, un padre capuchino conocido en el lugar como «La madre superiora», un trotskista boliviano fugitivo, y lo habían cojido en conjunto la Comisión del Cacao y el Punto Cuarto). Finalmente caí en cama con paludismo. Contaré los sucesos más o menos cronológicamente.

Tomé el ómnibus para Macoa, que es la capital del Putumayo y punto final de la ruta. De allí en adelante se viaja en mula o en canoa. Esas ciudades que son punto final de las rutas son siempre, por alguna razón, horrorosas. Si alguien contara con equiparse allí descubriría que en las tiendas no hay nada de lo necesario. Ni siquiera citronela, y nadie en estas ciudades al extremo de las rutas sabe nada sobre la selva.

Llegué a Macoa por la noche, tarde, y me tomé una horrorosa bebida no alcohólica colombiana bajo los ojos dubitativos de un policía nacional que no se resolvía a interrogarme o no. Por fin se levantó y se marchó, y yo me fui a la cama. La noche era fresca, más o menos como en Puyo, otra horrorosa ciudad al extremo del camino.

Cuando desperté al día siguiente, empecé a sentir la depresión ya en la cama. Miré por la ventana. Calles empedradas, de tierra, edificios de un solo piso, en su mayoría tiendas. Nada fuera de lo corriente, pero en toda mi experiencia de viajero, y por cierto que he conocido lugares terribles, no ha habido lugar alguno que me deprimiera como Macoa. Y no sé exactamente por qué.

Macoa tiene unos dos mil habitantes y sesenta policías nacionales. Uno de estos recorre durante todo el día las cuatro calles de la ciudad en una motocicleta. Se lo oye desde cualquier punto del pueblo. Las radios de todas las cantinas producen con sus altoparlantes un ruido discordante (en Macoa no hay máquinas automáticas en las que se pueda oír lo que uno quiera). La policía tiene una banda que sale a dar vueltas tocando tres o cuatro veces al día, desde la mañana temprano. No he visto nunca signos de desorden en este pueblo que se encuentra completamente fuera de la zona de guerra. Pero hay en Macoa una atmósfera de tensión permanente sin solución, con los agentes de represión listos para reducir disturbios que no se producen. Macoa es el Fin del Camino. Una inercia final con un policía que da vueltas y vueltas en su motocicleta por toda la eternidad.

Fui a Puerto Limón que está a unas treinta millas de Macoa. A esa ciudad se

puede llegar por camión. Allí localicé a un indio inteligente y diez minutos después tenía una planta de yagé. Pero el indio no quería prepararlo pues esto es monopolio del «médico» o *brujo*.

Este viejo borracho y sinvergüenza estaba entonando una letanía sobre un hombre evidentemente atacado de paludismo. (Quizá estuviera desalojando el espíritu maligno del cuerpo de su paciente y enviándolo al del *gringo*. Lo cierto es que exactamente dos semanas después yo caí enfermo de paludismo.) El *brujo* me dijo que tenía que estar algo ebrio para hacer sus brujerías y curar la gente. El alto costo de las bebidas alcohólicas estaba causando penurias a los enfermos; él sólo estaba cobrando dos vasos para una breve animación. Le regalé medio litro de aguardiente y accedió a prepararme el yagé por un litro. Efectivamente, preparó un medio litro de infusión en agua fría después de apropiarse indebidamente de la mitad de la planta, de modo que no sentí ningún efecto.

Esa noche tuve un sueño muy vívido en colores de la selva verde y la roja puesta del sol que había visto a la tarde. Una ciudad que era una mezcla, que me era familiar, pero que no podía localizar. En parte era Nueva York, en parte México y en parte Lima, ciudad ésta que para ese entonces no había visto. Yo estaba en una esquina junto a una calle ancha con coches que iban y venían y calle abajo, a lo lejos, había un gran parque abierto. No sé si esos sueños tenían alguna relación con el yagé. Pero hay que decir que se supone que cuando se toma yagé se ve una ciudad.

Pasé un día en la selva con un guía indio para recoger *yoka*, una trepadora que los indios utilizan para evitar el hambre y el cansancio durante los largos viajes por la selva. En realidad, algunos de ellos la emplean porque son demasiado haraganes para comer.

La selva del Alto Amazonas tiene menos características desagradables que los bosques del Oeste Medio en el verano. Las moscas de la arena y los mosquitos de la selva son las únicas molestias destacadas y uno puede librarse de ellas con repelentes para insectos. En esa ocasión yo no tenía ninguno. En el Putumayo no atrapé niguas ni garrapatas. Los árboles son tremendos, algunos de sesenta metros de altura. Cuando caminé bajo esos árboles sentí un silencio especial, como un zumbido sordo y vibrante. Atravesamos a pie claros arroyos (¿quién inventó el cuento de que no se puede beber el agua de la selva? ¿Por qué no?).

La *yoka* crece en las tierras altas y pusimos cuatro horas para llegar allí. El indio cortó una planta de *yoka* y con el machete picó un puñado de la corteza interna. Sumergió esa corteza en un poco de agua fría, exprimió el agua de la corteza y me sirvió la infusión en una taza hecha con una hoja de palma. Era algo amarga pero no desagradable. Al cabo de diez minutos empecé a sentir un hormigueo en las manos y una linda animación, algo así como con la benzedrina pero no tan fuerte. Caminé las cuatro horas de regreso por el camino de la selva sin detenerme y hubiera podido

recorrer una distancia doble.

Después de una semana en Puerto Limón seguí a Puerto Umbría en camión y de allí a Puerto Assis en canoa. Esas canoas son de unos diez metros de largo y llevan un motor fuera de borda. Constituyen el medio normal de comunicación en el Putumayo. Los motores están descompuestos la mitad del tiempo debido a que las gentes los desarman y dejan de lado las piezas que a su juicio no son esenciales. Además economizan en la grasa y los motores se queman.

Llegué a Puerto Assis a las diez de la noche y tan pronto dejé la canoa un policía federal quiso ver mis documentos. Registran más los documentos en las zonas tranquilas como Putumayo que en Villavicencio, que está sobre el borde de la zona de guerra. En el Putumayo no se está cinco minutos sin que suene un silbato para que uno se detenga y le fiscalicen los papeles. Tienen miedo de que les lleguen trastornos del exterior bajo la forma de un extranjero, Dios sabe por qué.

Al día siguiente, el gobernador, que tenía el aspecto de una raza degenerada de mono, descubrió un error en mi tarjeta de turista. El cónsul de Panamá había puesto 52 en vez de 53 en la fecha. Traté de explicarle que eso era un error, como lo ponían en evidencia las fechas de mis pasajes de avión, pasaporte, facturas, pero el hombre era idiota de nacimiento. No creo que todavía haya entendido. De modo que el policía echó un vistazo a mi equipaje, sin descubrir el arma, pero resolvió retener los medicamentos, con arma y todo. El inspector de sanidad hizo su parte proponiendo que se revisaran los medicamentos.

«Por Dios», pensaba yo, «vete a inspeccionar una letrina.»

Fui informado de que me hallaba bajo arresto municipal, pendiente de la decisión de Macoa. De modo que me quedé varado en Puerto Assis sin otra cosa que hacer fuera de estar sentado por ahí y emborracharme todas las noches. Había proyectado hacer un viaje en canoa hasta el Río Guaymes, para entrar en contacto con los indios kofan, conocidos artistas del yagé, pero el gobernador no quiso permitirme que saliera de Puerto Assis.

Puerto Assis es una típica población del Río Putumayo. Una calle de tierra a lo largo del río, unas cuantas tiendas, una cantina, una misión donde los padres capuchinos llevan la vida de Riley y un hotel llamado el Putumayo, donde me había alojado.

El hotel estaba regenteado por una patrona con aspecto de puta. El marido era un hombre de unos cuarenta años, fuerte y vigoroso, pero en sus ojos se veía que era un vencido. Tenía siete hijas mujeres, y con solo verlo a él se podía saber que nunca tendría un hijo varón. Por lo menos, no con esa mujer. Toda esa cría llena de risitas no hacía sino metérseme en el cuarto (no había puerta, nada más que una delgada cortina) y observarme mientras me vestía, me afeitaba y me limpiaba los dientes. Era una desgracia. Y fui víctima de unos robos idiotas: un catéter de mi equipo sanitario,

una férula, comprimidos de vitamina B.

En el pueblo había un muchacho que una vez había servido de guía a un naturalista norteamericano. El muchacho era el especialista local en Místers. En toda América del Sur se encuentra alguna de esas pestes. Pueden decir «Hello Joe» u «O.K.» o «Fucky fucky». Muchos se niegan a hablar español, con lo que la conversación queda reducida al lenguaje de los signos.

Estaba yo sentado sobre una vieja canoa dada vuelta que hace las veces de banco en el paseo principal de Puerto Assis. Vino el muchacho, se sentó a mi lado a hablar del Míster que coleccionaba animales. Coleccionaba arañas, escorpiones y serpientes. Yo estaba medio dormido por esa letanía cuando oí: «Y a su regreso quería llevarme con él a los Estados Unidos» y desperté. Oh, Dios, pensé, la vieja historia.

El muchacho me sonrió luciendo unos vacíos entre los dientes delanteros. Se corrió en el banco, acercándoseme. Sentí que se me apretaba el estómago.

«*Tengo* una canoa buena», dijo, «¿por qué no quiere que lo lleve al Guaymes? Conozco a todos los indios de allá arriba».

Tenía el aire de ser el guía más ineficaz del Alto Amazonas, pero dije: «Sí».

Esa noche vi al muchacho frente a la cantina. Me echó los brazos sobre los hombros y dijo:

«Venga, tome algo, Míster», mientras deslizaba una mano por mi espalda hasta el trasero.

Entramos y nos emborrachamos bajo la mirada aburrida y llena de experiencia del cantinero e hicimos un paseo por el camino en la selva. Nos sentamos a la luz de la luna, al costado del camino, y él dejó caer su codo en mi ingle y dijo: «Míster», y lo que oí después fue: «¿Cuánto me va a dar?».

Quería treinta dólares, evidentemente calculando que él era una mercadería escasa en el Alto Amazonas. Le rebajé hasta diez, pero yo estaba discutiendo el precio en condiciones crecientemente desventajosas. De algún modo se las arregló para sacarme veinte dólares y los calzoncillos (cuando me dijo que me quitara del todo los calzoncillos pensé, caramba, que tipo apasionado; pero no era más que una maniobra para birlármelos).

Después de cinco días en Puerto Assis, estaba evidentemente en camino de convertirme en ciudadano como el perdido del pueblo. Entre tanto Macoa despachaba periódicamente telegramas sepulcrales: «El caso del extranjero de Ohio será resuelto». Y finalmente «El extranjero de Ohio debe ser devuelto a Macoa».

Así, pues volví río arriba con el policía (técnicamente yo estaba bajo arresto). Bajé en Puerto Umbría con escalofríos y fiebre. Como llegué a Macoa el domingo, el Comandante no estaba, de modo que quien lo reemplazaba me hizo encerrar en un cubículo de madera en el que ni siquiera había un balde donde mear. Junto conmigo metieron todo mi equipaje sin revisarlo. Podía haber llevado una ametralladora oculta

en el equipaje. Un toque típicamente sudamericano. Tomé un poco de aralén y me acosté tiritando bajo la manta. El hombre de la celda vecina estaba encerrado porque le faltaba algún documento. Nunca entendí los pormenores de su caso. Al día siguiente, el Comandante apareció y fui citado a su despacho. Me estrechó la mano amablemente, revisó mis documentos y escuchó mis explicaciones.

«Evidentemente, un error», dijo. «Este hombre está libre.» Qué placer dar con un hombre inteligente en tales circunstancias.

Regresé al hotel, me metí en cama y llamé a un médico. Este me tomó la temperatura y dijo *«¡Caramba!»* y me dio una inyección de quinina y un extracto de hígado para contrarrestar mi anemia secundaria. Continué con el aralén. Para la cefalalgia palúdica tomé algunos comprimidos de codeína, de modo que durante más de tres días me lo pasé medio dormido.

Pienso ir a Bogotá, hacer arreglar la tarjeta de turismo y volver luego aquí. El viajar en Colombia es difícil aún con las credenciales más serias. Jamás he visto una policía con tal don de ubicuidad y tan molesta. Uno tiene que presentarse a la policía dondequiera que vaya. Una estupidez imperdonable. Si yo fuera un liberal activo, ¿qué podría hacer en Puerto Assis como no fuera apoderarme del lugar revólver en mano?

Tuyo
Williams

Hotel Nueva Regis, Bogotá, 3 de marzo

Querido Allen:

Bogotá tan horrible como siempre. Hice corregir mis papeles con ayuda de la Embajada de los Estados Unidos. Figúrate una demanda contra la PAA por maniobrar con la tarjeta de turista.

Me he unido a una expedición, claro que en algún cargo vago, formada por el doctor Schindler, dos botánicos colombianos, dos herboristas ingleses especialistas en pudrición negra, de la Comisión de Cacao, y volveré a Putumayo en convoy. Te escribiré un informe completo del viaje cuando por tercera vez regrese a esta ciudad.

Tuyo
Bill

Hotel Nueva Regís, Bogotá, 15 de abril

Querido Al:

De vuelta en Bogotá. Tengo un cesto de yagé. Lo he tomado y sé más o menos cómo se prepara. Dicho sea de paso, podrás ver mi retrato en *Exposure*. Encontré un periodista que iba cuando yo volvía. Marica, claro, pero tan atrayente como un cesto de ropa sucia. Ni siquiera después de dos meses de desierto, querido. Este individuo está recorriendo el continente sudamericano en busca de comida y transporte gratis y todo lo paga con el cuento de: «Tenemos-dos-tipos-de-publicidad-una-favorable-y-otra-desfavorable-cuál-quiere-usted?» Un completo sinvergüenza. Pero ¿quién soy yo para hablar?

Retrospectiva: Repetí mi viaje por Cali, Popayán y Pasto hasta Macoa. Me resultó interesante observar que Macoa deprimía a Schindler y a los dos ingleses tanto como a mí.

En este viaje he sido tratado a cuerpo de rey debido a que erróneamente creyeron que era un representante de la Texas Oil Company en viaje de incógnito. (Viajes en barco gratis, viajes en avión gratis, alimento gratis; comidas con la oficialidad, alojamiento en casa del gobernador.)

Hace unos años la Texas Oil Company exploró la zona, no encontró petróleo y se marchó. Pero en el Putumayo todo el mundo cree que la Texas Company regresará. Como la segunda venida de Cristo. El gobernador me dijo que la Texas Company había tomado dos muestras de petróleo a ochenta millas de distancia y que se trataba del mismo petróleo, de modo que debajo de Macoa había una capa de unas ochenta millas de petróleo. El mismo cuento lo he oído en una zona interior del este de Texas, donde la compañía petrolera hizo una exploración, no encontró nada y se marchó. Sólo que en Texas la capa tenía mil millas de ancho. Se toma una muestra en cualquier lugar y es siempre la misma mierda. Y el gobernador cree que piensan construir un ferrocarril desde Pasco a Macoa y un aeropuerto. A decir verdad, toda la región del Putumayo anda mal. El negocio del caucho está hundido, el del cacao destruido por la pudrición negra, la rote nona no se cotiza desde la guerra, la tierra es pobre y no hay forma de exportar lo producido. La psicofrenia ociosa de los charlatanes de pueblo chico. Como si yo me pusiera a pensar un día que no tardarían en empezar a caer chicos por la banderola y a escurrirse por debajo de la puerta.

Varias veces, cuando estaba borracho, dije a alguien: «Mire. Aquí no hay petróleo. Es por eso que la Texas abandonó. No volverá nunca. ¿Entiende?» Pero no podían creerlo.

Fuimos a visitar a un alemán propietario de una *finca* cerca de Macoa. Los ingleses habían salido en busca de cacao silvestre con un guía indio. Yo le pregunté al alemán por el yagé.

«Claro», dijo. «Todos mis indios lo usan.» Media hora más tarde tenía yo diez kilos de la planta de yagé. Nada de expedición por la selva virgen ni de algún vejestorio de blanca cabellera diciendo: «Te he estado esperando, hijo mío». Un alemán agradable a diez minutos de Macoa.

El alemán se ocupó también de arreglarme una cita para tomar yagé con el *brujo* local (en esa época no tenía la menor idea de cómo prepararlo).

El brujo tenía unos setenta años y una cara lisa de bebé. Había en él una falsa suavidad, como la de un opiómano de vieja data. Oscurecía cuando llegué a la choza de paja, de piso roñoso, para mi cita del yagé. Lo primero que me preguntó fue si yo tenía una botella. Saqué una botella de un litro de aguardiente de mi mochila y se la entregué. Tomó un trago largo y se la pasó al ayudante. Yo me abstuve porque quería la embriaguez pura del yagé. El *brujo* puso la botella a su lado y se acuclilló junto a un cacharro colocado sobre un trípode. Detrás del cacharro había un altar de madera con una imagen de la Virgen, un crucifijo, un ídolo de madera, plumas y unos paquetitos atados con cintas. El *brujo* se quedó sentado largo rato sin moverse. Tomó otro largo trago de la botella. Las mujeres se retiraron detrás de un tabique de bambú y no se las volvió a ver. El *brujo* empezó a murmurar una letanía sobre el cacharro. Pesqué «Yagé pintar» repetido varias veces. Sacudió una escobilla sobre el cacharro, haciendo un ruido sibilante. Esto es para alejar los malos espíritus que puedan haberse deslizado al yagé. Bebió un trago, se secó la boca y siguió con la letanía. Uno no puede apurar a un *brujo*. Por fin destapó el cacharro y sacó unos treinta gramos de un líquido negro que me sirvió en una taza de plástico, roja y sucia. El líquido era oleoso y fosforescente. Me lo bebí de un trago. Un amargo anticipo de náuseas. Devolví la taza y el brujo y el ayudante tomaron un trago.

Me quedé sentado esperando el efecto y casi en seguida tuve el impulso de decir: «No es bastante. Necesito más». He observado ese impulso inexplicable en las dos ocasiones en que tomé una dosis excesiva de opio. Las dos veces, antes de que la dosis hiciera efecto dije; «No es bastante. Necesito más».

Roy me contó el caso de un hombre que salió de la cárcel limpio y casi se murió en su cuarto. «Tomó una dosis y en seguida dijo: “Eso no era bastante” y cayó de bruces dormido. Lo arrastré al vestíbulo y llamé una ambulancia. Se salvó.»

Dos minutos después me invadió una oleada de vértigos y la choza empezó a dar vueltas. Era como dormirse con éter o cuando uno está muy borracho, se acuesta y la cama da vueltas. Vi luces azules frente a los ojos. La choza cobró un aspecto arcaico del lejano Pacífico, con cabezas de las Islas Orientales talladas en los postes que sostenían la choza. El ayudante estaba afuera, oculto, con la intención evidente de matarme. De pronto me agarraron unas náuseas violentas y corrí hacia la puerta golpeándome en el hombro contra la jamba de la puerta. Sentí el golpe pero no el dolor. Apenas podía caminar. No tenía ninguna coordinación. Los pies eran como

bloques de madera. Vomité con violencia apoyándome contra un árbol y caí al suelo en una desamparada desdicha. Me sentía tan embotado como si hubiera estado cubierto por capas de algodón. Me esforzaba por salir de ese embotamiento y mareo, y repetía sin cesar: «Lo único que quiero es salir de aquí». Una incontrolable incapacidad mecánica se apoderó de mí. Repeticiones hebefrénicas sin sentido. Seres larvales desfilaban ante mis ojos en una bruma azul y cada uno de ellos emitía un ruido obsceno y burlón (más tarde reconocí en esos ruidos el croar de los sapos); debo de haber vomitado seis veces. Estaba en cuatro patas, convulsionado por las contracciones de las náuseas. Oía los vómitos y los gemidos como si provinieran de algún otro. Estaba tirado junto a una roca. Debieron pasar horas. El brujo estaba de pie a mi lado. Me quedé mirándolo largo rato antes de creer que realmente me estaba diciendo ¡«¿Quiere entrar en la casa?» Dije: «No», y él se encogió de hombros y se alejó.

Mis brazos y mis piernas empezaron a sacudirse incontrolablemente. Busqué el nembutal con mis dedos dormidos, como de madera. Debí poner diez minutos para abrir el frasco y verter cinco cápsulas. Tenía la boca seca pero de algún modo mastiqué y tragué el nembutal. Poco a poco las sacudidas espasmódicas cesaron y me sentí algo mejor y entré en la choza. Todavía seguía viendo las luces azules. Me eché y me cubrí con una manta. Tenía escalofríos como de paludismo. De pronto me sentí con mucho sueño. A la mañana siguiente me sentía perfectamente bien, salvo una cierta sensación de cansancio y un ligero estado nauseoso. Pagué al *brujo* y caminé de vuelta al pueblo.

Ese día fuimos todos río abajo hasta Puerto Assis. Schindler no hacía sino quejarse de que el Putumayo había desmejorado desde que él había estado allí hacía diez años: «Nunca hice una expedición botánica como ésta», dijo. «Todas esas granjas y la *gente*. Hay que caminar millas antes de llegar a la selva».

Schindler contaba con dos ayudantes para transportar su equipaje, cortar árboles y prensar los ejemplares. Uno de ellos era un indio de la región del Vaupés donde tienen un método diferente de preparar el yagé al usado por los trotan del Putumayo. En el Putumayo los indios cortan la planta en trozos de veinte centímetros y usan unos cinco trozos por persona. Los trozos son machacados con una piedra y hervidos con un puñado doble de hojas de otra planta, presuntivamente como ololiqui, y se deja hervir la mezcla todo el día con una pequeña cantidad de agua hasta que el líquido quede reducido a unos sesenta gramos.

En el Vaupés, se raspa la corteza de más o menos un metro de la planta hasta reunir un puñado doble de raspaduras. Se sumerge la corteza en un litro de agua fría durante varias horas, se cuela el líquido y se lo bebe a intervalos durante una hora. No se añade ninguna otra planta.

Resolví probar el yagé preparado según el método del Vaupés. Con el indio

empezamos a raspar la corteza con los machetes (la corteza interna es la más activa). La corteza es blanca y lechosa al principio, pero casi inmediatamente se vuelve roja al ser expuesta al aire. Las hijas de la hotelera nos observaban y señalaban y se reían. Aquello era estrictamente contra el protocolo Putumayo para la preparación del yagé. El *brujo* de Macoa me dijo que si una mujer es testigo de la preparación, el yagé se echa a perder en seguida y quien lo bebe se envenena o por lo menos se vuelve loco. La vieja historia de las mujeres impuras y en ciertas circunstancias, venenosas. Pensé que sería esa la oportunidad de poner a prueba definitivamente y de una vez por todas el mito de la polución femenina con siete criaturas femeninas que me echaban el aliento por el cuello, metían palillos en la mezcla, toqueteaban el yagé y reían.

La infusión en agua fría es de un color rojo claro. Esa noche bebí un litro de la infusión en el lapso de una hora. A excepción de las luces azules y de unas náuseas ligeras, que no llegaron al vómito, el efecto fue semejante al de la marihuana. Una vivida imaginería mental, efectos afrodisíacos, bobería y risas. Con esa dosis no había nada que temer, nada de alucinaciones ni de pérdida de dominio de sí mismo. Calculo que esa dosis equivalía a una tercera parte de lo que el *brujo* me había dado.

Al día siguiente seguimos río abajo hasta Puerto Espina, donde el gobernador nos hospedó en su casa. Esto es, nosotros colgamos nuestras hamacas en habitaciones vacías del piso superior. Se produjo un enfriamiento entre los colombianos y los ingleses debido a que los colombianos se negaban a salir temprano y los ingleses se quejaban de que la Comisión del Cacao estaba siendo saboteada por un par de «hispánicos perezosos».

Todos los días nos proponemos salir temprano hacia la selva. Los colombianos terminan de desayunar alrededor de las once (el resto de nosotros esperando por ahí desde las ocho) y empiezan a buscar un guía competente, con preferencia alguno que posea una *finca* cerca del pueblo. Llegamos a la *finca* más o menos a la una y perdemos otra hora almorzando. Entonces los colombianos dicen: «Parece que la selva está lejos. A unas tres horas. Hoy no hay tiempo de llegar hasta allí». De modo que nos volvimos al pueblo, mientras los colombianos van juntando muestras de plantas a lo largo del camino. «Siempre que ellos puedan recoger cualquier yuyo, no se les importa un carajo», me dijo uno de los ingleses después de una expedición a una *finca* de la vecindad.

Se suponía que desde Puerto Espina había un servicio de aviones. Para esa fecha Schindler y yo estábamos dispuestos a regresar a Bogotá, y estuvimos sentados en Puerto Espina esperando el avión, y el agente no tiene radio ni ningún otro medio de averiguar cuándo llega el avión, si llega y dice: «Seguro como la mierda muchachos uno de estos días miran arriba y ven al Catalina que se acerca sobre el río, brillando como un pez de plata».

Entonces yo digo al Doctor Schindler: «Nos volveremos viejos y reblandecidos

sentados por ahí jugando al dominó, antes de que algún maldito avión baje aquí, y el río crecerá día a día y ¿cómo volveremos cuando todos los motores de Puerto Espina estén rotos?»

(Los ciudadanos propietarios de esos motores pierden el día íntegro hurgando los motores, desarmándolos y eliminando las piezas que juzgan que no son esenciales, de modo que los motores nunca funcionan. Los propietarios de los botes poseen un cierto ingenio tipo Rube Goldberg para componer provisoriamente el motor descompuesto para una última explosión más, pero aquí era cuestión de ir río arriba. Río abajo uno llega con el tiempo, con motor o sin motor, pero para avanzar río arriba, es necesario contar con alguna clase de propulsión.)

Claro pensarás que es romántico al principio, pero espera a estar cinco días sobre tu culo dolorido, durmiendo en chozas de indios y tragando yoka y un pedazo de carne innominada como el páncreas ahumado de un perezoso de dos dedos, y la noche íntegra los oyes joder con el motor —lo tenían asegurado al porche— «buuuuurt spiuuuu… ut… spiuuuu… ut» y no puedes dormir oyendo que el motor arranca y muere toda la noche y luego comienza de nuevo a llover. Mañana el río habrá crecido.

De modo que digo a Schindler: «Doc, me iré flotando al Atlántico antes que meterme de nuevo en ese río de mierda».

Y él dijo: «Bill, no hace quince años que vivo en este país de porquería y perdido todos mis dientes en el servicio, sin haberme hecho de algunas relaciones. Allá abajo, en Puerto Leguisomo, ahí hay aviones militares y conozco al comandante que es Latah. (Latah es un estado que se observa en el sudeste de Asia. Normal en todo lo demás, al atacado de Latah le es imposible no hacer lo que cualquier persona le pida, siempre que atraiga su atención tocándolo o llamándolo por su nombre.)

De modo que Schindler se fue a Puerto Leguisomo mientras yo me quedaba en Puerto Espina esperando conseguir un viaje con los de la Comisión del Cacao. Todos los días veía al agente de los aviones y él salía con la misma mentira. Me mostró una terrible cicatriz que tenía en la nuca. «Machete», dijo. Sin duda algún ciudadano exasperado que se había vuelto loco esperando uno de sus aviones.

Los colombianos y la Comisión del Cacao se fueron por el San Miguel, y yo me quedé solo en Puerto Espina, comiendo en casa del Comandante. Una horrible comida llena de grasa. Arroz y bananas fritas tres veces al día. Empecé a echarme las bananas en el bolsillo para tirarlas por ahí. El comandante no hacía sino hablarme de lo mucho que a Schindler le gustaba ese plato. (Schindler conoce América del Sur hace rato. Realmente es capaz de comer mierda.) Me preguntaba si me gustaba. Yo decía «Magnífico» con la voz apretada. No era suficiente que comiera su comida grasienta. Tenía que decir que me gustaba.

El Comandante sabía por Schindler que yo había escrito un libro sobre la

«marihuana». De vez en cuando veía asomar la sospecha en sus ojos opacos de hepático.

«La marihuana causa la degeneración del sistema nervioso», me decía, levantando la vista de su plato de bananas.

Le dije que debería tomar vitamina BI, y me miró como si le hubiera recomendado el uso de un narcótico.

El Gobernador me trataba con un frío desdén debido a que uno de los tambores de gasolina, pertenecientes a la Comisión del Cacao, había estado perdiendo en su porche. Yo esperaba ser desalojado de la mansión gubernamental en cualquier momento.

La Comisión del Cacao y los colombianos regresaron del San Miguel en un estado de ruptura total de las relaciones. Al parecer los colombianos habían descubierto una *finca* y habían pasado allá tres días en pijama, descansando. En ausencia de Schindler, yo era el único paragolpes entre las dos fracciones, y sospechoso ante ambos grupos de pertenecer secretamente al otro (había pedido prestada una escopeta a uno de los colombianos y andaba en el bote de la Comisión del Cacao).

Fuimos río abajo hasta Puerto Leguisomo donde el Comandante nos instaló en una cañonera anclada en el Putumayo. No había cañones en ella en realidad. Creo que era el buque hospital.

El buque estaba sucio y herrumbrado. El agua corriente no funcionaba y el W.C. estaba en un estado indescriptible. Los colombianos tratan un buque muy descuidadamente. No me sorprendería ver a alguno cagar sobre cubierta y limpiarse el culo con la bandera. (Esto deriva del sueño que tuve, en un inglés del siglo XVII. «Los delegados ingleses y franceses cagaron en el suelo y, rasgando el Tratado de Sevilla en tiras, con ese instrumento se limpiaron el trasero, viendo lo cual el delegado español se retiró de la conferencia.»)

Puerto Leguisomo lleva ese nombre en honor de un soldado que se distinguió en la guerra con Perú en 1940. Pregunté a uno de los colombianos al respecto y asintió: «Sí, Leguisomo era un soldado que hizo algo en la guerra».

«¿Qué hizo?»

«Bueno, hizo *algo*».

El lugar parece como si hubiera sido dejado por una creciente. Máquinas herrumbradas y abandonadas por todas partes. Pantanos en el centro del pueblo. Calles sin iluminación en las que uno se hunde hasta la rodilla.

En el pueblo hay cinco putas que se sientan afuera frente a cantinas de paredes azules. Los muchachitos de Puerto Leguisomo se juntan alrededor de las putas con la concentración inmóvil de los gatos. Las putas están allí sentadas bajo una lamparilla eléctrica pelada en la noche calurosa, en medio de la música chillona de una máquina

automática, y esperan.

Por averiguaciones que hice en los alrededores de Puerto Leguisomo descubrí que el uso del yagé es corriente tanto entre los indios como entre los blancos. La mayoría de la gente lo cultiva en su huerta.

Después de una semana en Puerto Leguisomo conseguí un avión para Villavencenio y de allí regresé a Bogotá en ómnibus.

De modo que estoy de vuelta en Bogotá. No había dinero esperándome (al parecer el cheque fue robado), y me veo reducido al sórdido expediente de robar el alcohol del laboratorio de la universidad puesto a disposición del científico visitante.

Estoy dedicado a la extracción de los alcaloides del yagé, un procedimiento relativamente sencillo según las instrucciones proporcionadas por el Instituto. Mis experimentos con los extractos de yagé no han sido concluyentes. No consigo las luces azules ni tampoco una agudización pronunciada de la imaginería mental. He observado efectos afrodisíacos. El extracto me da sueño en tanto que la planta fresca es estimulante y en dosis excesivas es un tóxico convulsivo.

Todas las noches voy a un café y pido una botella de Pepsi-Cola y la lleno con el alcohol del laboratorio. La población de Bogotá vive en los cafés. Hay cualquier cantidad de ellos y todos están llenos. La vestimenta general de la clientela de café de Bogotá es un trench-coat de gabardina y naturalmente traje y corbata. A un sudamericano le puede estar asomando el culo por los pantalones pero seguirá con la corbata puesta.

Bogotá es en esencia un pueblo chico, todo el mundo preocupado por lo que lleva puesto y tratando de aparentar como si ocupara un puesto de responsabilidad. Estaba sentado en uno de esos cafés de cuello duro cuando un muchacho con un traje gris claro roñoso, pero todavía apegado a su ajada corbata, me preguntó si yo hablaba inglés.

«Corrientemente», contesté yo y él se sentó a mi mesa. Un antiguo empleado de la Texas Company. Evidentemente marica, rubio, con aspecto de alemán y modales europeos. Fuimos a varios cafés. El muchacho me señalaba gente diciendo: «No me conoce más ahora que estoy sin trabajo».

En efecto, gente correctamente vestida y de buenos modales, le daba vuelta la cara y en algunos casos pidieron la cuenta y se fueron. No sé cómo ese muchacho hubiera podido parecer menos homosexual en un traje de doscientos dólares.

Una noche estaba instalado en un café de liberales cuando tres matones conservadores vestidos de civil entraron a los gritos de «Vivan los *conservadores*» con la esperanza de provocar a alguien y poder matarlo. Uno de ellos era un hombre maduro con cara de vociferante; los otros se quedaron atrás y lo dejaron que gritara. Los otros dos eran jóvenes secuaces, muchachones de esquina, fronterizos de maleantes casi. Hombros estrechos, caras de hurón, piel lisa, tirante, rojiza y dientes

cariados. Los dos pillos tenían un poco aire de perro perdido, algo avergonzados de sí mismos, como el tipo de los versitos que decía: «Tengo que confesar que soy un pedacito de mierda».

Todo el mundo pagó y se marchó dejando que el tipo siguiera gritando; *«¡Viva el Partido Conservador!»* en el local vacío.

Tuyo
Bill

José Leal 930, Lima, 5 de mayo

Querido Allen:

Estoy en Lima, que es lo bastante parecida a México como para ponerme nostálgico. Para mí México es mi casa y no puedo ir allí. Recibí carta de mi abogado: he sido sentenciado en ausencia. Me siento como un romano exiliado de Roma. Proyecto visitar la selva peruana en busca de más material sobre el yagé. Pasaré unas semanas conociendo Lima.

Recorrí Ecuador lo más rápidamente posible. Qué lugar horrible es. Un complejo de inferioridad nacional de país pequeño en su estado más avanzado.

Miscelánea ecuatoriana: *Esmeraldas* caliente y húmeda como un baño turco y buitres devorando un cerdo muerto en plena calle principal y por donde uno mire hay un negro rascándose las pelotas. El turco inevitable que compra y vende de todo. Trató de estafarme en cada compra y pasé una hora discutiendo con ese sinvergüenza. El agente naviero griego con su camisa de seda sucia y descalzo y su sucio navío que salió de Esmeraldas con siete horas de retraso.

A bordo hablé con un hombre que conoce la selva ecuatoriana como su pija. Parece que los comerciantes de la selva atacan periódicamente a los aucas (una tribu de indios hostiles; la Shell ha perdido unos veinte empleados a mano de los aucas en dos años) y se llevan las mujeres, a las que conservan encerradas para sus necesidades sexuales. Algo interesante. Tal vez pueda yo capturar a un chico auca.

Tengo las instrucciones precisas de cómo efectuar un ataque a los aucas. Es muy simple. Se cubren las dos salidas de la casa auca y se mata a tiros a todos los que no se desea cojer.

Al llegar a Manta un hombre miserablemente vestido con un jersey empezó a abrirme las valijas. Pensé que era un ladrón desvergonzado y le di un zamarrón. Resultó ser el inspector de la aduana.

El barco se quedó varado con una hélice rota en Las Playas, a mitad de camino entre Manta y Guayaquil. Llegué a tierra en una balsa de madera. Fui arrestado en la playa como sospechoso de haber llegado flotando desde el Perú llevado por la corriente de Humboldt con un muchachito y un cepillo de dientes (viajo con poco equipaje, sólo lo esencial); nos llevaron ante un viejo inmundo, la cara marchita de canceroso. El chico que estaba conmigo no tenía ni un solo documento. Los policías no hacían sino repetir lastimeramente:

«¿Pero no tiene *algún* documento?»

Conseguí que nos largaran después de media hora de emplear el método de; «Tenemos-dos-tipos-de-publicidad-una-favorable-y-otra-desfavorable-cuál-quiere-usted?» En la tarjeta de turista figuro como escritor.

Guayaquil. Todas las mañanas se oye el clamor de los chicos que venden Luckies

por la calle: «A *ver* Luckies». ¿Seguirán gritando «A *ver* Luckies» de aquí a cien años? Miedo de pesadilla del estancamiento. Horror de quedarme finalmente *clavado* en este lugar. Ese miedo me ha perseguido por toda América del Sur. Una sensación horrible y enfermiza de desolación final.

«La Asia», un restaurante chino de Guayaquil, parecía un burdel de 1890 con fumadero de opio. En el piso los agujeros hechos por las termitas, lámparas rosadas, sucias, con borlas.

Ecuador está realmente barranca abajo. Que Perú se apodere de él y lo civilice, para que la gente pueda disfrutar de comodidades. Hasta ahora no he conseguido un muchacho en Ecuador y no se consigue opio en ninguna parte.

Tuyo

W. Lee

P.S. Encontré un *pocho* —el *pocho* es un tipo de México que detesta a México y los mexicanos. Este conductor de taxi me contó que era peruano pero que no soportaba a los peruanos. En el Ecuador y Colombia nunca nadie va a admitir que algo no anda bien en su roñoso país. Como los ciudadanos de los pueblos de Estados Unidos. Recuerdo un oficial del ejército de Puerto Leguisomo que me dijo: «El noventa por ciento de la gente que viene a Colombia nunca más se va».

Quería decir, presumiblemente, que quedaban abrumados por los encantos del lugar. Yo pertenezco al diez por ciento que nunca más vuelve.

Tuyo
Bill

Lima, 12 de mayo de 1953

Querido Allen:

He andado en busca de lo que un personaje de Waugh llama pequeños «bares equívocos» con notable éxito. Los bares alrededor del Mercado Mayorista están tan llenos de muchachos que éstos se vuelcan a la calle, y todos avisados y asequibles al dólar yanqui (uno), nunca vi nada semejante desde Viena en 1936. Pero esos pequeños hijos de puta tienen los dedos largos. Ya perdí un reloj y quince dólares. El reloj no andaba. Nunca tuve un reloj que anduviera.

Anoche fui a un hotel con un indio descalzo para gran diversión del empleado del hotel y sus amigos. (No creo que un empleado de hotel corriente norteamericano tomara a risa una cosa así.)

Encontré un muchacho y fui con él a un lugar de baile. Pues bien; en medio de ese bien iluminado salón de baile, que no era de homosexuales, el muchacho me puso la mano sobre la pija. De modo que yo le correspondí y nadie prestó atención. Luego trató de encontrar algo que valiera la pena robar en mi bolsillo pero yo, prudentemente, había escondido el dinero en la cinta del sombrero. Todas estas maniobras, entiéndelo, se hacen de buen modo y sin asomo de violencia, tomamos un coche y él todavía me abrazó y me besó y se quedó dormido sobre mí hombro como un cachorrito afectuoso, pero insistió en bajar en su casa.

Pero tienes que comprender que se trata del muchacho peruano corriente *no homosexual*, aunque sí con algo de delincuente juvenil. Son la gente de menos carácter que haya conocido. Cagan y mean donde se les ocurre. No tienen inhibiciones en mostrar afecto. Se echan encima y van tomados de las manos. Si se acuestan con otro hombre, y todos están dispuestos a hacerlo por dinero, parecen disfrutar. La homosexualidad es sencillamente una potencialidad humana como lo demuestran los casi universales episodios de las prisiones; y nada humano le es ajeno ni chocante a un sudamericano. Hablo del sudamericano en su mejor expresión, una raza especial en parte india, en parte blanca, en parte sabe Dios qué. No es, como uno suele pensarlo al principio, fundamentalmente un oriental, ni pertenece a Occidente. Es algo especial, distinto a cualquier otra cosa. Se ha visto impedido de expresarse por los españoles y la Iglesia Católica. Lo que se necesita es un nuevo Bolívar que realmente arregle las cosas. Pienso que esto es lo que esencialmente está en juego en la guerra civil colombiana: la escisión fundamental entre la Potencialidad sudamericana y la Represión española, temerosa de los tabúes. Nunca me sentí tan decididamente de un lado e incapaz de percibir alguna característica redentora del otro. América del Sur es una mezcla de razas todas ellas necesarias para alcanzar la forma potencial. Necesitan sangre de blancos, como lo saben —el mito del Dios Blanco— y qué es lo que consiguieron sino esa porquería de españoles. Con todo

tuvieron la ventaja de la debilidad. Nunca hubieran conseguido echar a los ingleses de aquí. Hubieran creado esa atrocidad conocida como un País de Hombres Blancos.

América del Sur no obliga a la gente a ser anormal. Uno puede ser homosexual o drogadicto y no obstante conservar su posición. En especial si uno es educado y tiene buenos modales. Hay aquí un gran respeto por la educación. En los Estados Unidos uno tiene que ser un anormal o vivir en un lúgubre aburrimiento. Hasta un hombre como Oppenheim es un anormal, tolerado por su utilidad. No te equivoques, *todos* los intelectuales son anormales en los Estados Unidos.

Un extenso barrio chino. Creo que uno podrá encontrar opio ahí. En Colombia y Ecuador nadie ha oído jamás hablar de tal cosa. Un poco de marihuana entre los indios de la costa. Coca, pero solo bajo la forma de hojas, entre los indios.

Dicho sea de paso, se suele ver bastante sangre en esos «bares equívocos» peruanos. Atacar con botellas rotas la cara del adversario es una práctica normal. Aquí todo el mundo lo hace.

Cariños
Bill

Lima, 23 de mayo

Querido Al:

Te adjunto una «rutina» con la que soñé [2]. La idea me surgió realmente durante un sueño del que me desperté riendo…

Despojado de doscientos dólares en cheques de viajero. No es una pérdida realmente ya que el American Express repone. Me estoy recobrando de un ataque de pisconeuritís, y el médico me ha tomado radiografías de pulmón. Primero Caqueta malaria, luego cólico de Esmeraldas y ahora pisconeuritís (pisco es una bebida alcohólica local; parece veneno), no puedo irme de Lima hasta que no pase la neuritis.

Sección hurtos. De nuevo robado. Mis anteojos y una navaja. Estoy perdiendo todos mis malditos bienes en el servicio.

Este es un país de cleptómanos. En toda mi experiencia de homosexual nunca había sido víctima de hurtos tan idiotas, de objetos que no tienen ningún valor concebible para otra persona. Hasta anteojos y cheques de viajero.

Lo malo está que comparto con el Padre Flanagan —el de la Ciudad de los Jóvenes— la convicción profunda de que un muchacho malo es algo que no existe.

Tengo que interrumpir el cuento. La mano me tiembla tanto que apenas puedo escribir. Termino.

Cariños
Bill

Hotel Touriste, Tingo María, Perú, 18 de junio

Querido Allen:

Hotel confortable y bien atendido del tipo de estación de montaña. Clima frío. Selva muy alta. En el hotel, un grupo de peruanos de la clase alta. Cada pocos minutos uno de ellos grita: *«Señor Pinto»*, es el gerente del hotel: una muestra del humor latinoamericano. Como también miran un perro y gritan: «Perro» y todos ríen.

Hablé con una maestra de escuela de California algo chiflada que comía con la boca abierta. El presidente llegó a Tingo María estando yo. Un fastidio enorme. No había comida hasta las nueve de la noche y yo hice una escena al mozo y me marché a la ciudad y tragué una comida grasienta.

Estoy clavado aquí hasta mañana sin nada que hacer. Debía ver a un hombre por el yagé y resulta que se fue hace cinco años. Esta es una comunidad agrícola con colonos yugoslavos e italianos y una Estación Experimental Agrícola del Punto Cuarto norteamericano. La gente más aburrida que jamás haya visto. Los pueblos agrícolas son terribles.

Este lugar me llena de un miedo horrible al estancamiento. La sensación de *localización*, de estar justamente donde estoy y no en ningún otro lugar es insoportable. ¡Imagínate que hubiera debido vivir aquí!

¿Has leído *El país de los ciegos* de H. G. Wells? Trata de un hombre que no puede salir de un país donde todos los demás habitantes habían sido ciegos durante tantas generaciones que habían perdido el concepto de la vista. Él exclama:

«¿Pero no entendéis que yo *veo*?»

Tuyo
Bill

José Leal 930, Lima, 8 de julio

Querido Allen:

De vuelta en Lima después de tres días de viaje en ómnibus. Los últimos cinco días en Pucallpa esperando salir, pero estaba atrapado por la lluvia y los caminos impracticables y el avión lleno.

El Teniente de Fragata hizo un «stripteasse» odioso con su uniforme. Todo el mundo gritaba: «Por Dios, no te lo quites». Empezó por tantearle el traste al camarero y a la mañana cada vez que yo pasaba frente a su cuarto corría a la puerta, me mostraba su erección y decía: «Hola, Bill». Hasta los otros peruanos estaban incómodos.

El vendedor de muebles quería dedicarse al negocio de la cocaína, hacerse rico, vivir en Lima y tener un Cadillac bien largo. ¡Dios mío! La gente cree que no hay más que meterse en un negocio sucio para hacerse rico de la noche a la mañana. No comprenden que los negocios, honestos o deshonestos, son el mismo dolor de cabeza de mierda. Y el viejo alemán seguía y seguía con el asunto del tesoro.

Me estaba volviendo loco con su charla tonta y sus estúpidos chistes hispánicos. Me sentía como Ruth en medio del trigo ajeno. Cuando dijeron que la literatura norteamericana era inexistente y la inglesa muy pobre, perdí los estribos y les dije que el lugar de la literatura española era la letrina, colgada de un gancho junto con los catálogos viejos de Montgomery Ward. Estaba temblando de rabia y me di cuenta hasta qué punto el lugar me estaba afectando.

Conocí a un joven dinamarqués y tomé yagé con él. Lo vomitó de inmediato y desde entonces me ha evitado: evidentemente pensó que había tratado de envenenarlo y qué únicamente se había salvado gracias a la rápida reacción de su higiénico estómago escandinavo. No he conocido nunca un escandinavo que no fuera tonto de nacimiento.

Un terrible viaje en ómnibus de vuelta a Tingo María donde me emborraché y donde me ayudó a meterme en la cama el más encantador ayudante de camionero.

Pasé dos días en Huanaco. Un basural horrible. Pasé el tiempo dando vueltas y sacando fotos, tratando de conseguir las montañas secas y peladas, el viento en los álamos polvorientos, las plazas con cupidos y estatuas de generales y los indios descansando con el particular abandono sudamericano, mascando coca —el gobierno la vende en establecimiento controlados— sin hacer absolutamente nada. A las cinco tomaba unas copas en un restaurante chino, donde el propietario se escarbaba los dientes y revisaba sus libros.

Qué sensatos son y que poco esperan de la vida. Me pareció que tenía aspecto de opiómano, pero con los chinos nunca se está seguro. Todos tienen básicamente aspecto de opiómanos. Entró un loco al bar y empezó a hacerme un largo cuento

incomprensible. Tenía la cifra $ 17.000.000 escrita en la espalda sobre la camisa y se dio vuelta para mostrármela. Luego se puso a hablarle al propietario. El propietario estaba sentado escarbándose los dientes. No demostró ni desprecio, ni diversión ni simpatía. Siguió sentado escarbándose un molar y de vez en cuando sacaba el escarbadiente y le observaba la punta.

Pasé por algunas de las ciudades más altas del mundo. Tiene un aspecto exótico y curioso, mogol o tibetano. Un frío horrible.

Tres veces pidieron a «todos los extranjeros» que bajaran del ómnibus para un control policial: número de pasaporte, edad, profesión. Todo esto pura formalidad. Ni asomo de sospecha o de interrogatorio. ¿Qué harán con esas planillas? Supongo que las utilizarán como papel higiénico.

Lima fría, húmeda y deprimente. Fui al Mercado. Ninguno de los muchachos estaba por ahí. Depresión al ir a un bar que solía gustarme, nadie allí que conozca o quiera conocer, al mostrador lo han trasladado al otro lado sin ninguna razón comprensible, mozos diferentes, nada que tenga ganas de oír en la máquina automática (¿estaré en el mismo bar?), todo el mundo se ha marchado y yo estoy solo en un lugar perdido. Cada noche la gente será más fea y estúpida, los tratos más horribles, los mozos más groseros, la música más chillona, sonando y sonando como una cinta acelerada en un vértigo de pesadilla de desintegración mecánica y de cambios sin sentido.

Sin embargo, vi en el Mercado a uno de los muchachos que conocí antes de salir de Lima. Parecía *años más viejo* (yo había estado ausente seis semanas). Cuando lo había conocido no quería beber, diciendo con una sonrisa tímida: «Soy todavía un chico».

Ahora estaba borracho. Una cicatriz debajo del ojo izquierdo. La toqué y pregunté: «¿Cuchillo?»

Dijo «Sí», y sonrió, los ojos vidriosos e inyectados.

Bruscamente desee irme de Lima en ese mismo momento. Esta sensación de urgencia me ha estado siguiendo como mi culo por toda la América del Sur. Tengo que estar en algún otro lugar en un momento determinado (en Guayaquil saqué al cónsul peruano de la casa después de las horas de oficina para tener la visación y marcharme un día antes).

¿Dónde voy con tal prisa? ¿Cita en Talara, Tingo María, Pucallpa, Panamá, Guatemala, México? No lo sé. Bruscamente tengo que marcharme de inmediato.

Cariños
Bill

Siete años después (1960)

Estafeta de Correos, Pucallpa, Perú, 10 de junio de 1960

Querido Bill:

Todavía estoy en Pucallpa; di con un tipo bajo y gordo. Ramón P…, que fue amigo aquí de Robert Frank (fotógrafo de nuestra película[3] aproximadamente en 1946. Ramón me llevó a su *curandero*, en el que tiene mucha fe y acerca de cuyos poderes de curación sobrenaturales habla a montones, demasiado, *el Maestro*, como lo llaman, un individuo de unos treinta y ocho años, de aspecto pacífico y simple, que noches atrás nos preparó una bebida para nosotros tres; anoche asistí a una sesión habitual del *curandero* durante la cual se bebe la noche íntegra con unos treinta hombres y mujeres en una choza en las afueras selváticas de Pucallpa, detrás del terreno de la usina de gas.

La primera vez —mucho más fuerte que la bebida tomada en Lima— la ayahuasca puede embotellarse para el transporte y conserva su fuerza, con tal de que no fermente —se necesita una botella bien tapada. Tomé una taza, un líquido un poco viejo, preparado hacía varios días y por consiguiente algo fermentado; me acosté y al cabo de una hora (en una choza de bambú afuera de su cabaña, donde cocina), empecé a ver o sentir lo que me pareció el Gran Ser, o algún sentido de Eso, que se aproximaba a mi mente con una gran vagina húmeda, me acosté en ella durante un rato, la única imagen que puedo identificar es la de un gran agujero negro de la Nariz-Dios a través del cual yo atisbaba un misterio, y el agujero negro rodeado por toda la creación, en especial, serpientes de colores, todo real.

Su sentido era de tal manera real que me pareció ser de algún modo lo que esa imagen representaba. El ojo es una imagen imaginaria, que da vida al cuadro. También una gran sensación de bienestar en mi cuerpo, nada de náuseas. Se prolongó en distintas fases unas dos horas, los efectos pasaron al cabo de tres horas, la fantasía misma duró desde tres cuartos de horas después de haber bebido hasta dos horas y media más tarde aproximadamente.

Regresé y hablé con el *Maestro*, le di treinta y cinco soles (un dólar y medio) por sus servicios y hablé con él sobre el peyote y el LSD —había oído hablar del peyote. Es un mestizo que estudió en San Martín (arriba en el territorio de Huallaga), me dio muestras de la mezcla, emplea plantas tiernas de ayahuasca cultivada en su huerta y la mezcla en cantidades iguales con un catalizador conocido bajo el nombre de *mescla*, que es otra hoja que en la lengua india chama se llama *cáhua* (pronunciado *coura*) y que es llamada por él en Pucallpa *chacruna*. Me dijo que me conseguiría

más muestras para que llevara al Museo de Historia Natural de Lima para que la estudien. Cocina la mezcla todo un día y cuela el caldo, y hace cocer por segunda vez las hojas ya cocidas. En todo caso la preparación no es excesivamente secreta; creo que Schulter vio y conocía la preparación. Suelen añadir también hojas de otras plantas, no conozco esas combinaciones para probarlas, parecía interesarse por las drogas en general, serio y nada mercenario, buen tipo, tiene muchos adeptos aquí, realiza curaciones físicas, su especialidad.

En todo caso, para abreviar, volví a una reunión formal de grupo anoche en sus chozas; esta vez el líquido estaba recién preparado y fue ofrecido con toda ceremonia; el maestro entonó una tierna letanía (y sopló humo de cigarrillo o de pipa sobre el borde de la taza) durante unos minutos antes, (una taza de hierro esmaltado, recuerdo tu taza de plástico), luego yo encendí un cigarrillo y eché una bocanada de humo sobre la taza y bebí. Vi una estrella fugaz —aerolito— antes de «irme» y una luna llena, y él me sirvió primero y luego me acosté esperando Dios sabe qué otras visiones placenteras y luego empecé a «elevarme» y luego todo el maldito Cosmos enloqueció a mi alrededor, creo que lo más fuerte y lo peor que haya tenido (todavía reservo las experiencias de Harlem, siendo Naturales, en suspenso. El LSD era la Perfección pero no me llegó tan profundamente ni tan horriblemente adentro). Primero comencé a comprender que mi preocupación por los mosquitos y los vómitos era una tontería ya que existía la gran cuestión de la vida y la Muerte. Me sentí frente a la Muerte, mi cráneo en mi barba sobre el jergón sobre el porche moviéndose de un lado a otro y deteniéndose finalmente como en una reproducción del último movimiento físico que hiciera antes de quedar inmóvil en la verdadera muerte… tuve náuseas, salí corriendo y empecé a vomitar, todo cubierto de serpientes, como un Serafín Sierpe, con serpientes de colores en una aureola alrededor de mi cuerpo, me sentía como una serpiente vomitando el universo o un jíbaro con tocado de colmillos que vomitara al comprender el Asesinato del Universo, mi muerte próxima, la muerte próxima de todos, todos sin preparar, yo sin preparar, todo a mi alrededor en los árboles el ruido de esos animales espectrales y los otros que habían bebido vomitando (parte normal de las sesiones de Cura) en la noche en su horrible soledad dentro del universo, vomitando su voluntad de vivir, de ser conservados en este cuerpo, casi… Volví y me recosté, se acercó Ramón muy tierno y solícito (no había bebido, actúa como una especie de ayudante para auxiliar a los pacientes) y me preguntó si estaba OK y *«bien mareado»* (¿bien y mareado?) Dije *«Bastante»* y volví a escuchar al espectro que se estaba aproximando a mi mente… La choza íntegra parecía rayada de presencias espectrales todas ellas sufriendo transfiguraciones al contacto de una Cosa Única misteriosa que era nuestro destino y que tarde o temprano habría de matarnos —mientras el *curandero* entonaba una letanía, manteniendo un canto muy simple suave, repetido y luego cambiante, especie de consuelo, Dios sabe que significaba—

parecía significar algún punto de referencia con el que yo era incapaz aún de entrar en contacto… Yo estaba asustado y simplemente estaba tirado con oleadas tras oleadas que pasaban sobre mí de temor a la muerte, terror, hasta que apenas lo podía soportar, no quería buscar refugio rechazándolo como una ilusión, porque era demasiado real y familiar, en especial como ensayo del Último Minuto de la Muerte, la cabeza moviéndose de un lado al otro sobre la manta y finalmente deteniéndose en la última posición de inmovilidad y resignación sin esperanza de Dios sabe qué Destino, para mi ser, sentí el alma completamente perdida, extraviada, fuera del contacto con alguna Cosa que parecía estar presente; finalmente tuve la sensación de que podría hacer frente a la Cuestión allí mismo en ese momento, y elegir entender y morir, a abandonar mi cuerpo para que lo encontraran por la mañana —supongo que para congoja general— no podía soportar dejar a Peter y a papá tan solos —con miedo de morir sin embargo entonces— y así no aproveché la Oportunidad (si es que había una Oportunidad, tal vez la hubiera en alguna forma) —también como si todo el mundo en la sesión estuviera en contacto radio telepático central con el mismo problema, el Gran Ser en nuestro interior… Volví de vomitar vi a un hombre con las rodillas sobre el pecho pensé que veía como rayos X su cráneo comprendí que estaba acurrucado ahí como en una mortaja (una toalla sobre la cara como protección contra los mosquitos), que sufría la misma prueba y escisión… Pensé en gente, vi sus imágenes con claridad, tú —misterioso, sabes al parecer más que lo que yo ahora sé y ¿por qué no comunicas o no puedes o yo lo he ignorado?… Simón como un ángel en su aniquilación de la vanidad y originando nueva vida en sus hijos. «Si llega alguna noticia interplanetaria», dijo, «yo seré el primero en trasmitirla por los alambres de modo tal que no la estropeen». Francine su mujer, una especie de Serafín Mujer, todas las mujeres (como todos los hombres) lo mismo, criaturas espectrales puestas aquí misteriosamente para vivir, para ser los Dioses vivientes y sufrir la crucifixión de la Muerte como Cristo, pero que se pierden o mueren en su alma o entran en Contacto y originan nuevo nacimiento para la continuación del Proceso del Ser (aunque ellos mismos mueran, ¿o no?) —y yo perdido y el pobre Peter que depende de mí para algún Cielo que no tengo, perdido— y sigo rechazando las mujeres que acuden a cuidarme —decidí tener hijos de algún modo, una revolución en la Alucinación— pero el sufrimiento era casi cuanto podía soportar y el pensamiento de más sufrimiento todavía más profundo por venir me hizo desesperar… me sentí, me sigo sintiendo, como alma perdida rodeada por ángeles custodios (Ramón, el *Maestro*, tú, todo el Mundo Corriente de los Mortales)— y mi pobre madre que murió Dios sabe en qué estado de sufrimiento, no lo puedo soportar… vomité de nuevo (Ramón se había acercado y me indicó que vomitara fuera de la galería en que me hallaba tirado, si tenía que hacerlo de nuevo, una situación amable muy cuidadosa). Quiero decir, es éste un buen grupo —recuerdo que tú decías cuida *de quién es* la

visión que tienes— pero Dios sabe que no sé a quién dirigirme finalmente cuando espiritualmente las Fichas se hayan terminado y tenga que depender de mi propia memoria de Serpiente de las Alegres Visiones de Blake, o no depender de nada y entrar como nuevo —¿pero entrar dónde? ¿la Muerte?, y en ese momento, todavía vomitando, sintiéndome como una Gran serpiente-Serafín perdida que vomita con conciencia de la Transfiguración que había de venir, con el sentido Radiotelepático de un Ser cuya presencia yo no había todavía percibido completamente, demasiado horrible para mí, todavía, para aceptar el hecho de la comunicación total con digamos todo el mundo, un serafín eterno macho y hembra a la vez, y yo un alma perdida en busca de ayuda… muy lentamente la intensidad comenzó a amenguar, yo incapaz de moverme en ninguna dirección espiritualmente, no sabiendo a quien buscar, o qué buscar, sin suficiente confianza en él para preguntar al *Maestro* —aunque en la visión de la escena era él quien lógicamente era el Espíritu Oficiante local en quien se debía confiar, si en alguien se debía —me acerqué y me senté junto a él (como lo sugirió amablemente Ramón) para ser «soplado»— es decir él entona una canción para curar tu alma y sopla humo hacia ti, una presencia más bien consoladora, aunque para ese entonces el miedo agudo había pasado… cuando eso pasó me levanté y cogí el pedazo de tela que había llevado contra los mosquitos y me fui a casa a la luz de la luna con el gordo Ramón, quien dijo cuanto más uno se satura con *ayahuasca* más hondo se llega, se visita la luna, se ve a los muertos, a Dios, se ve a los Espíritus de los Árboles, etc.

Casi no me animo a volver, temeroso de alguna locura real, un Universo Cambiado permanentemente cambiado, aunque creo que tendrá que cambiar para mí algún día, mucho menos como antes fue planeado, ir río arriba seis horas para beber con una tribu india, supongo que iré, entre tanto aguardaré aquí otra semana en Pucallpa y tomaré algunas veces más con el mismo grupo… desearía saber si hay alguien con quien trabajar que *sepa*, si alguien sabe, quien soy o qué soy. Desearía recibir noticias tuyas. Creo que estaré aquí lo bastante como para que me llegue una carta, escribe.

Allen Ginsberg

P.S. En las últimas horas, esta mañana en una librería donde compré esta pluma escuché el viejo y nostálgico disco de Nelson Eddy «Maytime» que solía tocar en mi niñez y fue como un recuerdo de la Muerte, tan triste, «¿me querrás siempre?»

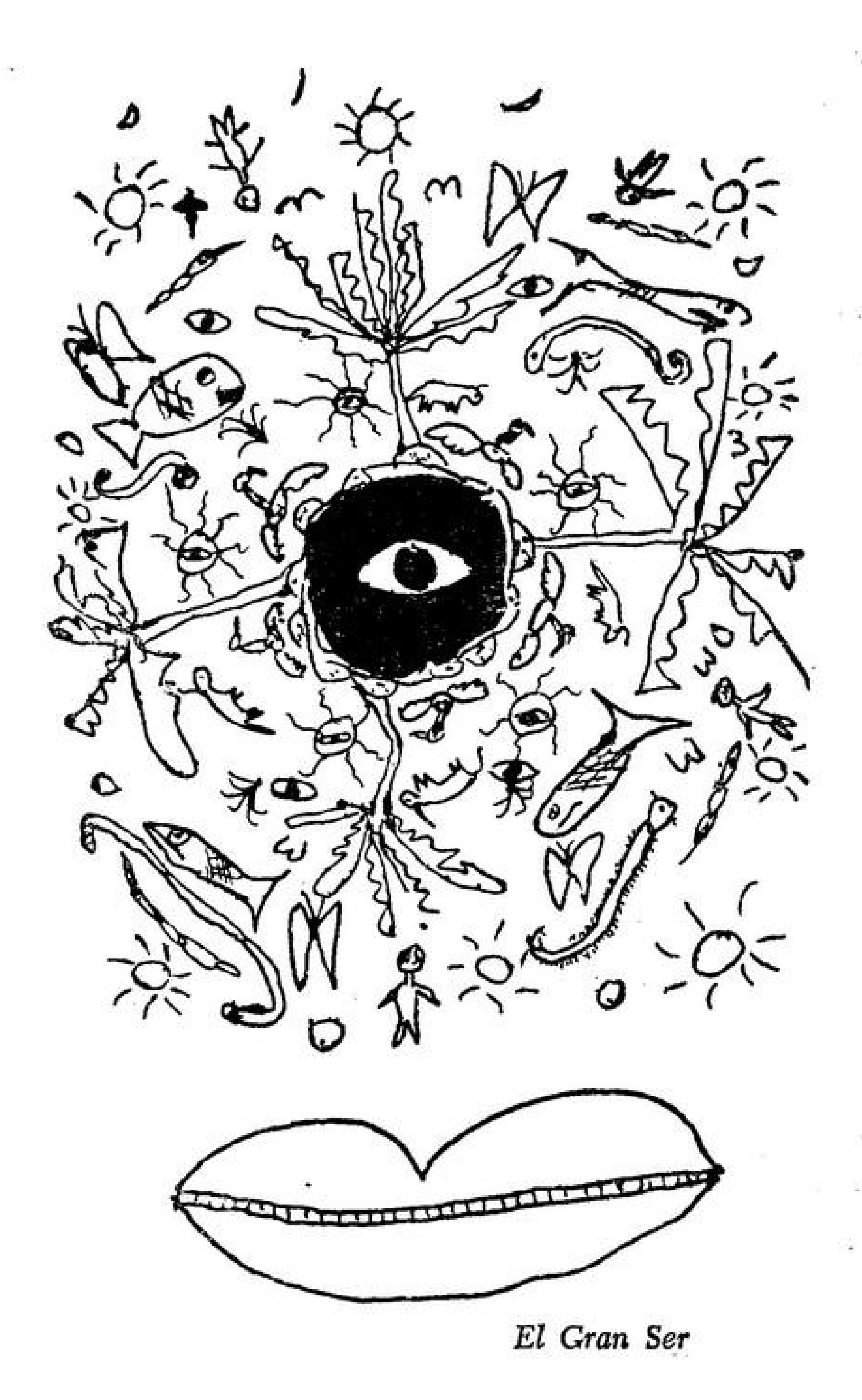
Atracción extra suplementaria: algunos fragmentos de las notas para Ether que tomé hace dos semanas en Lima, en tono menor.

The ringing sound in all the senses

of everything that has ever been Created
all the combinations recurring over and
over again as before —
Every possible Combination of Being — all
the old ones: — all the old Hindú.
Sabahadabadie-pluralic universos
ringing in Grandiloquent
Bearded Juxtaposition
with all their minarets and moonlit
towers enlaced with iron
or porcelain embroidery,
all have existed —
and the Sages with
white hair who sat crosslegged on
a female couch —
hearkening to whatever music came
from out the wood or street,
whatever bird that whistled in the marketplace
whatever note the clock struck to say
Time —
whatever drug, or aire, they breathed
to make them think so deep
or hear so simply what
hat passed
like a car passing in the 1960 street
beside the Governmental Palace
in Perú, this Lima,
in the year I write —
A Buddha as of old, with the sirens of
whatever machinery making ringing noises in
the street.
And streetlight reflected in the RR station
front facade window in a
dinky port in Backwash
of the murky forgotten
fabulous whatever
Civilisation of
Eternity; —
with the RR station clock ring midnighat,

as of now,
and waiting for the 6 th,
to write a word,
and end on the last chime — remember
this *one* twelve was struck
before
and never again; both.
and I turn back from the balcony where I stood
looking at the Cross (afraid)
and stars
thinking of the BONG of midnight
Sages of Asia, or the white beards in Persia,
Scribbling on the margins of their scrolls
in delicate ink
remembering with tears the ancient clockbells of their
cities
and the cities that had been — and
Affirm with laughing eyes —
the world is as we see it,
male and female, passing
as it passes through the years,
as has before and will, perhaps
with all its countless pearls And all the bloody noses of Eternity —
and all the old mistakes —
including,
this old consciousness, which has seen
itself before — (thus the locust-whistle
of antiquity's nightwatch in my eardrum)
I am scribbling
nothigs,
page upon page of profoundest
nothing
as scribed the Ancient Hebe, when
he wrote Adonoi or One —
all to amuse or make money or deceive

O BELL TIME, RING THY
MIDNIGHT FOR THE BILLIONTH.
SOUNDY TIME,
I HEAR AGAIN![4]



El Gran Ser



El Vomitador

21 de junio de 1960 - Tiempo presente
Cargo American Express
Londres - Inglaterra

Querido Allen:

No hay nada que temer. *Vaya adelante*. Mire. Escuche. Oiga. ¿Tu conciencia *ayahuasca* es más válida que la «conciencia *normal*?» ¿La «conciencia *normal*» de quién? ¿Para qué volver a ella? ¿Por qué te sorprendiste al verme? Estás siguiendo mis pasos. Conozco tu camino. Y sí, conozco la región mejor que tú. Más de una vez traté de decirte de comunicarte lo que sabía. Tú no quisiste o no pudiste escucharme. «No puedes mostrar a nadie lo que él no ha visto». Brion Gysin [5] en nombre de Hassan Sabbah. ¿Escuchas ahora? Toma la copia adjunta de esta carta. Corta el papel a lo largo de las líneas. Vuélvela a armar colocando la sección uno junto a la sección tres y la sección dos junto a la cuatro. Léela entonces en voz alta y oirás Mi Voz. ¿La voz de quién? Escucha. Corta y vuélvela a armar en cualquier combinación. Lee en alta voz. Yo no puedo elegir sino oír. No pienses sobre ello. No teorices. Ensaya. Haz lo mismo con tus poemas. Con cualquier poema cualquier prosa. Ensáyalo. Quieres «Ayuda». Aquí está. Recoge de allí. Recuerda siempre. «Nada es Verdad. Todo está permitido». Ultimas palabras de Hassan Sabbah El Viejo De La Montaña.

ESCUCHAD MIS ULTIMAS PALABRAS TODOS LOS MUNDOS. ESCUCHAD TODOS VOSOTROS JUNTAS, SINDICATOS Y GOBIERNOS DE LA TIERRA. Y VOSOTROS PODERES DEL PODER DETRÁS QUE SUCIOS TRATOS CONSUMADOS EN QUE LAVATORIO PARA APODERAROS DE LO QUE NO ES VUESTRO. PARA VENDER LA TIERRA DE ABATO DE PIES NO NACIDOS. ESCUCHAD. LO QUE TENGO QUE DECIR ES PARA TODOS LOS HOMBRES EN TODAS PARTES. REPITO PARA TODOS. NADIE ESTA EXCLUIDO. GRATIS PARA TODOS LOS QUE PAGAN. GRATIS PARA TODOS LOS QUE NO PAGAN.

¿QUE ES LO QUE OS HA ASUSTADO A VOSOTROS TODOS HACIENDO QUE ENTRÉIS EN EL TIEMPO? ¿QUE ES LO QUE OS HA ASUSTADO A TODOS HACIENDO QUE ENTRÉIS EN VUESTROS CUERPOS? ¿DENTRO DE LA MIERDA PARA SIEMPRE? ¿QUERÉIS PERMANECER ALLÍ PARA SIEMPRE? ENTONCES ESCUCHAD LAS ULTIMAS PALABRAS DE HASSAN SABBAH. ESCUCHAD, MIRAD O QUEDAOS EN LA MIERDA PARA SIEMPRE. ¿QUE OS HA ASUSTADO HACIENDO QUE ENTRÉIS EN ÉL TIEMPO? ¿EN EL CUERPO? ¿EN LA MIERDA? OS LO DIRÉ. LA PALABRA. VUESTRA PALABRA. VUESTRO PRINCIPIO FUE LA PALABRA. ASUSTÓ A

VOSOTROS TODOS Y OS HIZO ENTRAR EN LA MIERDA PARA SIEMPRE. SALID PARA SIEMPRE. SALID DE LA PALABRA TIEMPO PARA SIEMPRE. SALID DE LA PALABRA CUERPO PARA SIEMPRE. SALID DE LA PALABRA MIERDA PARA SIEMPRE. TODOS FUERA DEL TIEMPO Y AL ESPACIO. PARA SIEMPRE. NO HAY NADA QUE TEMER. NO HAY NADA EN EL ESPACIO. ESO ES TODO TODO TODO HASSAN SABBAH. NO HAY NINGUNA PALABRA QUE TEMER. NO HAY NINGUNA PALABRA. ESO ES TODO TODO TODO HASSAN SABBAH. EN VUESTRO LUGAR YO ANULO TODAS VUESTRAS PALABRAS PARA SIEMPRE. Y LAS PALABRAS DE HASSAN SABBAH YO TAMBIÉN LAS ANULO. SOBRE TODOS VUESTROS CIELOS MIRAD LA ESCRITURA SILENCIOSA DE BRION GYSIN HASSAN SABBAH. LA ESCRITURA DEL ESPACIO. LA ESCRITURA DEL SILENCIO.

MIRAD MIRAD MIRAD

AMIGOS MUCHACHOS A TRAVÉS DE TODOS SUS CIELOS VEA LA ESCRITURA SILENCIOSA DE BRION GYSIN HASSAN SABBAH. LA ESCRITURA DE SILENCIO LA ESCRITURA DE ESPACIO. ESO ES TODO TODO TODO HASSAN SABBAH.

VEA VEA VEA

¿Cuándo piensas volver…? El Método del Recorte está explicado en *Minutes to go* que ya ha aparecido en los Estados Unidos. Te enviaré un ejemplar, pero ¿dónde? George Whitman dice que busques a su viejo amigo Silvester de Castro en la ciudad de Panamá. Vinculado con la sinfónica municipal y la Universidad. Hasta La Vista Amigo.

Afectos
William Burroughs
por Hassan Sabbah
¡Adelante! Hassan Sabbah

P.S. NADIE QUE ESTE CUERDO PODRÍA CONFIAR EN «EL UNIVERSO». LLEVADOS POR LA MENTIRA LOS MILLONES ESTABAN BAJO LOS SIGNOS. ¿QUIEN JAMAS PAGO A UN MONIGOTE UNA BASURA UN MONO UN ANIMAL HUMANO? NADIE EXCEPTO HASSAN SABBAH.

Epílogo (1963)

San Francisco, 28 de agosto de 1963

A quien puede interesar:

Esta correspondencia se descifra así: la visión de los ángeles oficiantes mi congénere hombre y mujer por primera vez íntegramente entrevista mientras el *curandero* amable y humanamente canturreaba en el estado de trance de la *ayahuasca* en 1960 fue profética de la transfiguración de la autoconciencia de una sensación mental desamparada de eterno terror a la presente sensación de bienaventuranza corporalmente encarnada hecha ahora realidad en 1963.

Mis cariños, como siempre
Allen Ginsberg

¿Me estoy muriendo, Míster?

Panamá se pegaba a nuestros cuerpos — Probablemente castrado — Cualquier cosa causó ese sueño — Ha agotado los elementos del orgasmo fósil — Di con mi viejo amigo Jones — Tan mal, olvidado, tosiendo como en una película de 1920 — Voces de vaudeville confunden el aliento del amanecer sobre el lecho — Una perigonza idiota dicha al revés — Casi me ahogué aguantando el aliento del muchacho — Eso es Panamá — Carne nitrosa barrida por la voz y fin del receptor — Pájaros devoradores de cerebros patrullan las ondas encefálicas de baja frecuencia — Tarjeta postal que aguarda los ciudadanos olvidados «y todas son con aguamar, Míster — Foto de la ciudad del Panamá — Tarjeta postal muerta de la basura».

La mano triste que sigue hacia atrás el camino del tiempo — La boleta de empeño genital deshojó la ropa interior rancia — Brevemente el muchacho sobre la pantalla riendo baja del todo mis calzoncillos — Murmullos de calle en Puerto Assis — Telegrama del orgasmo lanzado hacia atrás: «Pantalones de Johnny abajo» — (Aquel olor rancio de la madrugada de verano en el garaje — Las trepadoras, arrolladas entre el acero — Los pies desnudos en los excrementos de perro).

Panamá se pegaba a nuestros cuerpos desde Las Palmas hasta David en dulces aromas alcanforados de paregórico que se cuece — Quemaron la república — El boticario no abre el viernes — Los espejos de Panamá de 1910 sellados en cualquier botica — Arroja la toalla, la luz matinal sobre el café frío…

El drogado seguía fastidiándome: Borracho en St. Louis Este. Ya *sabía* que volverías pelado — Una vez opiómano siempre una esponja podrida — Yo conocía tu vida — Enfermo por el opio cuatro días allí.

La mesa del desayuno rancia — Sonrisita de gato — El dolor y el olor a muerte de su enfermedad en el cuarto conmigo — Tres instantáneas de recuerdo de la ciudad de Panamá — Vino un viejo amigo y se quedó todo el día — El rostro devorado por el «Quiero *más*» — He observado esto en el Nuevo Mundo — «¿Viene conmigo, Míster?»

Y Joselito se mudó a Las Playas durante los esenciales — Clavado en este lugar — Lagunas iridiscentes, delta pantanoso, llamaradas de gas — Las burbujas del gas de carbón seguirían diciendo «¡A ver Luckies!» de aquí cien años — Un balcón podrido de teca puesto por Ecuador.

El *brujo* empezó a canturrear un caso especial — Era como dormirse por el éter dentro de los ojos de una cabeza reducida — Atontado, cubierto de capas de algodón — No sé si entendiste mis últimas insinuaciones cuando traté de escapar de este mareo y atontamiento con caracteres chinos — Todo lo que quiero es salir de aquí — Dése prisa, por favor — Se apoderó de mí — ¿Cuántos planes han hecho antes de que una expedición botánica como esta pueda tener lugar? — Ferrocarriles panorámicos

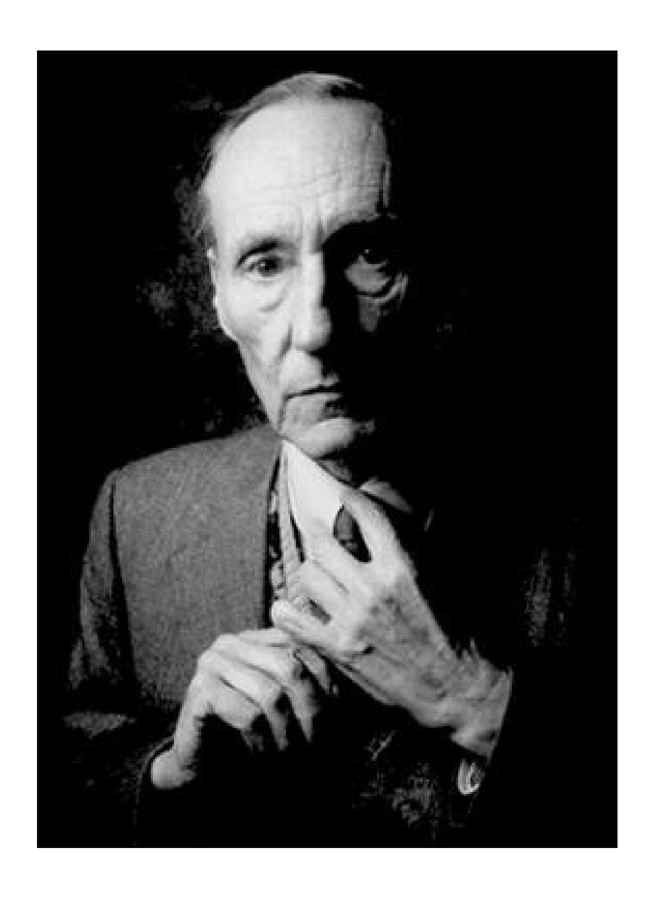
— Me estoy muriendo cruz, vino, mareo — Yo repetía una y otra vez: «Las comisiones cambiaron donde el toldo se agita». Luces ante mis ojos tu voz y el extremo de la línea.

El gemebundo Panamá se pegaba a nuestros cuerpos — fui al Chico's Bar con una boleta de empeño mohosa, aguardando en una película de 1920 una coca con ron — La carne nitrosa en ese cafetín barrido por tu voz: «Están clavando los clavos de mi ataúd» — Los pájaros devoradores de cerebros patrullan «Tu falso corazón» — Una tarjeta postal muerta que aguardaba un lugar olvidado — La conmoción ligera de la película de 1920 — El adolescente promiscuo había sido sometido a un procesamiento especial de exploración general — El atardecer sobre las carnes desnudas del muchacho — Estuvo tratando de tocar mientras dormía — «Treta de viejo fotógrafo aguarda a Johnny — Ahí va un cementerio mexicano» — En el murallón conocí un muchacho con una chomba a rayas blancas y rojas — La ciudad del paregórico en el crepúsculo purpúreo — El muchacho agitó su ropa interior buscando la erección — La lluvia tibia sobre el techo de chapas de hierro — Estaba desnudo en la cama bajo el ventilador del techo — Los cuerpos tocaron la película eléctrica, hormiguearon las chispas del contacto — Bocanadas de ventilador del joven empeñado en lavar la chomba del adolescente — Los malditos olores ahogaban las voces y el extremo de la línea — Eso es Panamá — La película triste que se perdía en islas de desperdicio, lagunas negras y pescadores que aguardaban un lugar olvidado — Un cafetín fósil barrido por un ventilador de techo — La treta del viejo fotógrafo los desconectó.

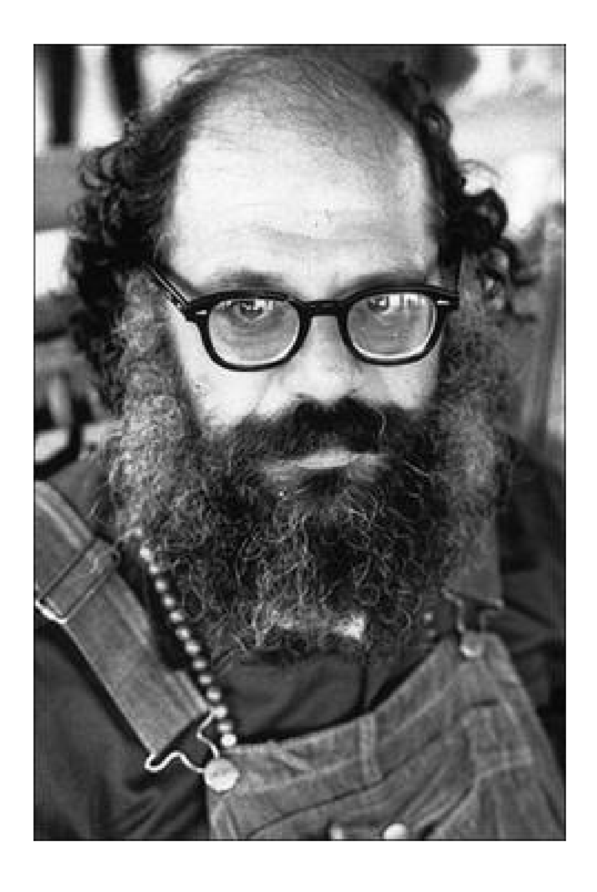
«¿Me estoy muriendo, Míster?»

Luces, frente a mis ojos desnudos y sombríos — Un horrible viento al amanecer durante el sueño — La pudrición de la muerte en la foto de Panamá donde el toldo se agita.

William Burroughs



WILLIAM S. BURROUGHS, nació en St. Louis, en los Estados Unidos, en 1914. Graduado en Harvard, ejerció innumerables oficios en Europa y América a lo largo de sus viajes. Su experiencia vital, legendaria y activa, y que transcurre entre México, París, Londres y Tánger, le proporcionó material de primera mano para sus novelas. Los ejes fundamentales de su obra son la sociedad de la posguerra en los países totalitarios del Este, la marginación de la homosexualidad y su propia experiencia con las drogas duras.



ALLEN GINSBERG, (3 de junio de 1926 – 5 de abril de 1997) fue un poeta beat estadounidense nacido en Paterson, New Jersey. Enlace entre el movimiento beat de los años cincuenta y los hippies de los años sesenta, compartió amistad con, entre otros, Jack Kerouac, Neal Cassady, William S. Burroughs, Patti Smith, Gregory Corso, Herbert Huncke y Bob Dylan.

La poesía de Ginsberg estaba muy influida por el modernismo, el romanticismo, el beat y la cadencia del jazz, además por su práctica del budismo Kagyu y su origen judío. Se consideraba heredero de William Blake y Walt Whitman. La potencia de los poemas de Ginsberg, sus largos versos y su exuberancia del Nuevo Mundo reflejaban la continuidad de la inspiración que reclamaba.

Notas

[1]En la presente serie de cartas dirigidas a Allen Ginsberg, Burroughs narra su viaje por la selva amazónica realizado en busca del yagé (o ayahuasca, *Banisteriopsis Caape*), droga alucinógena a la que se le atribuyen virtudes de agudización de la imaginación y de los poderes telepáticos y a la que los curanderos indígenas utilizan para buscar objetos perdidos, en especial cuerpos y almas. Burroughs y Ginsberg se encontraron de nuevo en Nueva York, en Navidad de 1953, y revisaron y publicaron las cartas bajo la forma de libro. Siete años más tarde, Ginsberg escribió a su antiguo gurú desde el Perú, dándole cuenta de sus propias visiones y terrores con esa misma droga, y pidiéndole su consejo.<<

[2]Esta es la primera *«rutina»* de Burroughs, «Roosevelt después de la inauguración». La forma cobró luego vida propia con el objeto parlante en *Naked Lunch*; buena parte del material de ese volumen está desarrollado en cartas subsiguientes dirigidas a Ginsberg. «Roosevelt después de la inauguración» fue publicado en *Floating Bear # 9*; el jefe de redacción, el poeta Leroi Jones, fue detenido por enviar ese número dentro de la correspondencia oficial del Gobierno de los Estados Unidos; tras un año de persecución Jones fue reivindicado. Pueden conseguirse ejemplares de esa rutina en una edición pirata dirigiéndose a City Lights Books, al precio de 50 «cents.» con franqueo pago.<<

[3]Se refiere al film *Pull my daisy*.<<

[4]El sonido que suena en todos los sentidos / de todo cuanto haya sido Creado / todas las combinaciones que se presentan una / y otra vez de nuevo como antes… / Toda posible Combinación del Ser, todas / las viejas: todas las antiguas hindúes. / Los universos plurales-Sabahadababadie / que suenan en Grandilocuente / Juxtaposición Barbada / con todos sus minaretes y torres / iluminadas por la luna entrelazados con el hierro / o el encaje de porcelana, / todos han existido… / y los Sabios de / blancos cabellos sentados con las piernas cruzadas en/ un diván femenino… / escuchando con atención cualquier música que llegara / del bosque o de la calle, / cualquier pájaro que silbara en la plaza del mercado / cualquier nota que diera el reloj para decir / Tiempo… / cualquier droga, o aire, que respiraran / para hacerlos pensar tan profundamente / u oír tan simplemente lo que / había pasado / como un coche que pasa por la calle 1960 / junto al Palacio Gubernamental en Perú, aquí en Lima, / en el año que escribo… / Un Buda como de antes, con las sirenas de / cualquier maquinaria que hace ruido sonando en / la calle. / Y la luz de la calle reflejada en la estación RR /frente fachada ventana en un / puerto roñoso en Backwash / de la olvidada lobreguez / de cualquier fabulosa / Civilización de / la Eternidad: / con el reloj de la estación RR sonando la medianoche, / como ahora, / y esperando por el sexto golpe, / para escribir una palabra, / y terminar con el último sonido recuerda / estas *únicas* doce horas sonaron / antes / y nunca más; ambas / y yo regreso del balcón donde estaba / mirando la Cruz (temeroso) / y las estrellas / pensando en el BONG de medianoche… / Sabios del Asia o blancas barbas de Persia / garabateando en el margen de los rollos / con tinta delicada / recordando con lágrimas las antiguas campanas de sus / ciudades / y las ciudades que habían sido… y / Afirman con ojos rientes, / el mundo es como lo vemos, / masculino y femenino, pasa / como pasa a través de los años, / como lo ha hecho antes y lo hará, quizá / con todas sus perlas innumerables / Y todas las malditas narices de la Eternidad… / y todos los viejos errores… / inclusive / esta vieja conciencia, que se ha visto / a sí misma antes (así el ruido de la langosta del reloj nocturno de la antigüedad en mi tímpano) / Estoy garabateando / nadas, / página tras página de la más profunda / nada, / como inscribió el Antiguo Hebe, cuando / escribió Adonai o Uno… / todo para entretener o ganar dinero o engañar… / Oh campana del tiempo, repica tu medianoche por la billonésima resonante vez, de nuevo oigo!<<

[5]Brion Gysin: pintor inglés, colaborador y amigo de Burroughs de Tánger, que le sugirió la aplicación de las técnicas pictóricas del siglo XX —el collage— a la obra escrita. *Naked Lunch* fue compuesto así como un collage de «rutinas». Los folletos *Minutes to Go* (Two Cities Press, París, 1960) y *The Exterminator* (Auerhahn Press, San Francisco, 1960) fueron preparados por Gysin, Burroughs, Gregory Corso y otros como una exposición gráfica de una salida inmediata de las trabas fenomenológicas y de lo literario temporal mediante las técnicas del recorte y el collage.<<